



TÍTULO

UN FESTÍN EN EL UMBRAL

AUTOR

Saara Nousiainen

DIAGRAMACIÓN y PORTADA

Saara Nousiainen

Traducción a cargo de Carlos Pestana Macedo – Inscrito en la *Associação Portuguesa de Tradutores (APT)*, bajo el N° 1970, desde septiembre de 2019.

Se permite la reproducción parcial o total de esta obra, para uso personal o colectivo, pero sin fines comerciales, sino con fines educativos, formativos, de lectura cotidiana, u otros similares, con el único requisito de citar la fuente y su autor.

ÍNDICE

- Capítulo 01 – Manos vacías
- Capítulo 02 - Alas de papel
- Capítulo 03 - Dieciocho años, tan solo...
- Capítulo 04 - El ángel de la luz verde
- Capítulo 05 - Las enfermedades de Jeruza
- Capítulo 06 Clasificación CCC
- Capítulo 07 - Noches granate
- Capítulo 08 - Un festín¹ en el Umbral
- Capítulo 09 - Era médium y no lo sabía
- Capítulo 10 - El viento se arremolinó
- Capítulo 11 - La fiesta
- Capítulo 12 - El hombre niño
- Capítulo 13 - Una simple caída
- Capítulo 14 - En las garras de la obsesión
- Capítulo 15 – La frontera del tiempo
- Capítulo 16 - Padre ebrio
- Capítulo 17 - Dos niñas
- Capítulo 18 - El sufridor
- Capítulo 19 - Las terribles funciones del azar
- Capítulo 20 - Los caminos de cosmos
- Capítulo 21 - Mujer-madre
- Capítulo 22 - En una sala de AA
- Capítulo 23 - No me llesves ahora
- Capítulo 24 - Era una luz dorada
- Capítulo 25 - Los peligros de la mediumnidad
- Capítulo 26 - Esperanza

Nota de la autora

Los relatos que se presentan en este libro reflejan la realidad, aunque a veces se utilizan simbologías o parábolas, como cuando los personajes, tras la muerte del cuerpo, se encuentran

ante una especie de tribunal después de su paso al mundo espiritual.

Nuestra visión, aquí en el plano físico, está limitada por la inmediatez de la vida corpórea, a la cual le dedicamos casi todas nuestras atenciones. De allí que surjan grandes y decepcionantes sorpresas para quienes regresan a la vida verdadera, atravesando las puertas de la muerte.

Estos cuentos traen en su seno aclaraciones y advertencias que siempre deberíamos tener presentes, ya que de esta forma creamos en nuestro inconsciente los “*recuerdos*” que orientarán nuestras acciones.

A través del recuerdo continuo de nuestras necesidades de crecimiento interior, así como en el esfuerzo que hagamos por vivirlos, avanzaremos en nuestra evolución y construimos para nosotros mismos un mejor futuro.

Fortaleza, 21 de noviembre de 2.020

Saara Nousiainen

Capítulo 01

Manos vacías

El corazón no estaba bien.

En ocasiones, sentía angustias y asfixias en el pecho, seguidas de palpitaciones violentas. Tuvo miedo...

Sin decirle nada a su esposa, buscó ayuda médica. En la clínica, todo ese conjunto de médicos y sofisticados aparatos le dieron más confianza. Se realizaron innumerables exámenes y Amadeu regresó a su hogar, sintiéndose, de nuevo, el hombre fuerte, luchador, ganador que era...

Por la mañana, mientras conducía su coche hacia la empresa que presidía, sufrió otra crisis, esta vez más violenta, que lo lanzó al otro lado de la vida.

Al principio se sintió disgustado: ¿un hombre de su posición, muy bien situado en el mundo de los negocios, muriendo de forma tan inesperada, en la calle, sin al menos el consuelo de la asistencia médica, religiosa y familiar en sus últimos momentos?

Poco a poco el disgusto se convirtió en desesperación y el miedo se apoderó de su ser, mientras vagaba entre las sombras de un mundo extraño y hostil.

Fuerzas misteriosas lo arrastraban, no sabía hacia dónde, cuando de pronto notó que sostenía una lata en una de sus manos, que contenía los restos de una comida. La observó intrigado, tratando de recordar cuándo y cómo había llegado a sus manos, pero su cabeza daba vueltas y la memoria no le decía nada. Quería tirarla, pero el metal se pegó a su mano y empezó a tirar de él, arrastrándolo a un destino desconocido. Pensó que lo mejor era no resistirse a las fuerzas que lo arrastraban y al poco tiempo se encontró en un claro iluminado y rodeado por varias personas, entre las que destacaba un señor de cabello blanco y mirada penetrante que portaba en sus manos un cuaderno con notas.

Asustado, preguntó acerca de lo que estaba pasando. El viejo se acercó a él, compadeciéndose de su mirada, diciéndole:

—*Amadeu, viviste en la Tierra cincuenta y ocho años, tres meses y nueve días. ¿Qué has hecho de utilidad?*

—*¿Yo? ¡Ah, querido señor! Si estoy ante los jueces de mi destino, debo decirles que merezco un poco más de consideración. Como sabrán, mi familia se caracteriza por tener una posición relevante en los negocios y la sociedad. Yo mismo siempre he sido un hombre trabajador y he educado a mis hijos, dejándolos bien protegidos y dueños de grandes propiedades. Además, tengo raíces religiosas y nunca he descuidado mis obligaciones con la Iglesia.*

El señor de cabello blanco se acercó un poco más y, con una voz suave pero firme, prosiguió:

—*Coincide con mis anotaciones, pero debo recordarte que todo lo que hiciste por los tuyos, lo hacías por ti mismo. Satisfaciendo a tu esposa e hijos en sus anhelos superfluos, tratabas de conseguir y mantener su afecto, sus cuidados y cariño por ti, además de la satisfacción de saber que los que llevaban tu nombre se presentaban en la sociedad en condiciones de superioridad, causando envidia. En resumen, fuiste útil solamente para ti mismo.*

Amadeu bajó la cabeza, avergonzado, ante esa verdad que nunca había analizado en detalle, y, ante la mirada lúcida del mensajero, buscó en el archivo de los recuerdos algún hecho, algún gesto suyo que pudiera presentar al extraño tribunal, como atenuante de la posición del acusado, en la que se sentía. Ahora comprendía que, más allá de la muerte, la justicia es más penetrante y alcanza aspectos desconocidos para los encarnados. Sentía que allí, en su nuevo “hábitat” la forma de pensar era muy diferente a la que conocía y había vivido en la Tierra. Delante de esos rostros serenos que expresaban honestidad, sintió su conciencia desnuda y transparente, dejando en evidencia todas las trampas y artimañas que acostumbraba utilizar en la vida cotidiana. Estaba convencido de que no había ningún valor en las riquezas y posiciones que alguien poseía u ocupaba en la Tierra. No había recursos o engaños que pudieran liberar al culpable de las consecuencias de sus actos.

La lata que tenía en sus manos le recordó algo, cuya importancia nunca sospechó. En el lienzo de sus recuerdos estaba dibujada la figura de un niño pequeño, completamente mojado, que había recogido durante una tarde lluviosa. Sentía pena por el niño de aspecto triste y le dio algunos paños viejos para secarse y en esa lata que ahora tenía en sus manos, había puesto las sobras del almuerzo para que el niño las comiera.

Levantó los ojos al rostro sereno del anciano. Este, pareciendo adivinar su pensamiento, dijo:

—*Viviste en el mundo para ti mismo, Amadeu, y ahora, en el verdadero lado de la vida, donde lo más íntimo se encuentra desnudo y la verdad se muestra, te encuentras pobre, vestido sólo con las ropas viejas que una vez le diste a un niño necesitado. Tus manos están vacías, sin los bienes por los que luchaste tanto y tan solo traes una lata con restos de comida, patrimonio único que has logrado realizar durante tantos años que el Padre te concedió en la Tierra. Pero ese acto generoso, lleno de la piedad que sentiste por unos momentos, te liberó de males aún peores.*

Hizo una breve pausa para permitir a Amadeu asimilar bien esa información, y continuó:

—*La justicia divina, que aquí representamos, dictamina para ti veintisiete años de abandono, en las regiones del Umbral. Tendrás por caminos la penumbra, por techo las nubes y por abrigo la intemperie, pero esos*

harapos calentarán tu cuerpo y esos restos de comida saciarán tu hambre hasta que comprendas que Dios es el Padre de todos y que nadie tiene derecho a disfrutar solo de los bienes de la vida, ignorando a los que sufren.

Amadeo agachó la cabeza, permaneciendo en silencio, porque no encontraba nada que decir en su defensa. La verdad brillaba ante su conciencia desnuda, acallando su voz. El anciano añadió:

—Esperamos que nuevos pensamientos, esta vez más nobles, se alojen en tu mente y emociones más fraternas, acompañen tus pasos.

Se quedó en silencio por un momento, antes de concluir, con muestras de piedad en su voz.

—Nos veremos nuevamente dentro de 27 años...

Las presencias luminosas desaparecieron rápidamente, devolviendo las penumbras a esas regiones de dolor. Amadeu se sentó en el suelo húmedo y frío y comenzó a llorar como un niño desdichado.

Lloró durante horas o días seguidos, no lo sabía. Pero sus sinceras lágrimas y el arrepentimiento que sentía le trajeron una nueva luz a su corazón. Se levantó, se secó las lágrimas y dijo en voz alta:

—«El amor cubre una multitud de pecados» ... Escuché eso... creo que fue durante un sermón del padre Cleto.

Levantó los ojos tratando, en vano, de ver algunas estrellas entre las nieblas, y dijo con convicción:

—Pues bien, desarrollaré ese amor... Voy a amar todo lo que me rodea, no importa lo malo que sea. Y aunque tenga que vagar por estos horribles lugares todo el tiempo de la sentencia, me esforzaré por ser una presencia beneficiosa por donde camine.

Amadeu miró de nuevo hacia arriba y esta vez vio algunas estrellas brillando entre las nubes. También le pareció ver la figura del anciano de mirada penetrante, observándolo esta vez con una amplia sonrisa en los labios.

Capítulo 02

Alas de papel

Llegó y pasó por el aprendizaje de las primeras horas. Ya sabía leer, escribir y hablar.

Buscó ávidamente el conocimiento de todas las fuentes y subió escalón por escalón la escalera del “saber”. Nadie le igualaba en conocimientos ni en inteligencia. Sus palabras eran esperadas como la lluvia en el campo, ya que fluían de manera fácil y hermosa, en una cascada de vocablos altisonantes, cubriendo ideas complejas, de los asuntos más complejos.

Los oyentes, asombrados por la demostración de tan vasto conocimiento, sorbían sus palabras con respetuosa gratitud por esa oportunidad única. Cuando alguien más osado preparaba una pregunta, la misma era respondida de inmediato, con precisión y agilidad.

Por onde pasaba dejaba en la huella iluminada del saber un ambiente de grandeza. Se creía por encima de los mortales comunes y corrientes.

Escaló las empinadas laderas del poder en marcha triunfal y ahora podía se encontraba gobernando, desde su oficina, el destino de miles de seres.

Se sentía más fuerte de todos, más sabio y poderoso que nadie, y, también, el más confiado de todos.

Volando con las alas del poder empezó a fastidiarse de los que estaban debajo de él, pasando del fastidio al desprecio total. Que insensatez, desperdiciar su valioso tiempo con la inferioridad ajena. ¿Cómo tolerar la aproximación de los mal vestidos de manos extendidas, de la viejita que huele a ropa recién lavada, o incluso de cualquier persona que estuviera por debajo de su escala de valores? Si algún pequeño punto de su consciencia amenazaba con manifestar sensibilidad, rápidamente trataba de solucionar el asunto y, en una operación altamente cargada de anestesia, se explicaba a sí mismo que cada quien conquista su propio lugar en la vida; el capaz crece y vive. El incapaz, vegeta.

Continuaba, de esta forma, su victorioso vuelo con las alas de la presunción hasta que, un día, comenzó a darse cuenta de que estaban hechas de papel, rompiéndose ante el primer contronazo con la verdad.

Esta se le acercó, escoltada por una misteriosa enfermedad que consumía el frágil cuerpo de su pequeño hijo, locamente adorado. Utilizó todas sus posibilidades, incluso causando revuelo en los círculos más avanzados de la ciencia médica, en vano.

Presenciar, inerte, el doloroso espectáculo de la enfermedad consumiendo al ser más amado superaba todas sus grandes capacidades; superaba su intelecto privilegiado, si palabra fácil y brillante: superaba su voz de mando obedecida por la multitud de servidores o de quienes formaban parte de su cortejo; superaba las sumas abultadas que engordaban sus cuentas bancarias.

Sufrió y lloró como nunca antes, sintiendo el desespero de los olvidados y cabizbajo, empezó a descender, uno a uno, los escalones de la escalera que antes había ascendido de manera triunfante. Se quitó el sombrero de la ambición, el abrigo del orgullo, la chaqueta de la vanidad, la corbata de la incredulidad, la camisa de la sensación de seguridad y los pantalones de la presunción; descalzó los zapatos de la ostentación y los calcetines del desprecio al prójimo. Finalmente, se quitó las gafas del materialismo que le deformaban la visión y, así, sintiéndose pequeño, frágil, pobre, miserable y desnudo, cayó de rodillas. De sus labios salían plegarias, con las palabras más sinceras que jamás había pronunciado dirigidas a Dios Padre.

La oración brotaba de su alma tan sincera, pura y compungida, por llegar desnuda de conceptos y prejuicios, que llegó a las esferas más elevadas y nobles de la vida, al seno del Eterno.

Por primera vez en su vida de glorias y conquistas, experimentó el sublime momento de sentirse muy pequeño, protegido por los brazos del supremo Señor, resignado a aceptar sus sabios designios.

La fe, entonces, le desbordó el alma con olas de confianza y paz.

También, por primera vez, sintió solidaridad hacia los tristes, infelices y desheredados de la suerte, que tanto había despreciado. Comprendía ahora que, a partir de ese día, viviera o no su hijo, su vida cambiaría.

Vagamente vislumbró otros horizontes que debía descubrir, en busca

de las riquezas de la solidaridad y el amor.

Distraído por la contemplación de su propia alma, sintió que nuevas y más nobles perspectivas felicitaban su espíritu.

Volvió sus ojos, ahora serenos, a su hijo y, ¡oh, dicha celestial! Sus pequeños ojos volvieron a brillar, y de sus labios risueños escuchó el dulce susurro:

—*Papá, creo que ya estoy bien.*

Capítulo 03

Dieciocho años, tan solo...

Tan solo dieciocho años...

El cuerpo extendido en el piso, rígido y frío, parecía implorar auxilio. El rostro no reflejaba dolor ni sufrimiento, sino una alucinante sorpresa ante una muerte inesperada.

En medio del griterío general, solamente Hermano mantenía silencio, traumatizado con el impacto del brutal acontecimiento, pero con su mente, sumamente emocionado, suplicaba ayuda a Dios para ese espíritu que acababa de abandonar el cuerpo físico en circunstancias tan trágicas. Siendo espírita, sabía cuán doloroso era desencarnar prematuramente, “*cruzar la línea*” antes del momento previsto.

Había conocido a los padres de Anselmo desde el colegio. Lo cargó de brazos, le cambió sus pañales incontables veces, y ahora ese pequeño ángel rubio, ya hecho hombre, estaba de nuevo indefenso, inerte y temeroso de lo desconocido.

Cuántas veces había tratado de alertar a sus padres sobre la educación del niño. Recordaba con nitidez la tarde de un domingo en la que habló con Oscar y Lidia sobre Anselmo, quien ya con diez años de edad.

—*Aún hay tiempo de hacer otra cosa*—les dijo—. *No me gusta inmiscuirme, pero creo que ustedes están muy equivocados. El niño presenta una grave tendencia negativa y ustedes no son firmes con él.*

—*Estás haciendo una tormenta en un vaso de agua*—respondió Lidia—. *Mi hijo es un niño muy amoroso y tiene un corazón de oro. Que no quiera estudiar se debe a la edad. Ayer hablé con él sobre eso mismo. Le expliqué muchas cosas y él me prometió que retomaría los estudios.*

—*Hace dos años que él está prometiendo lo mismo. No intentes tapar el sol con un dedo, Lidia. Anselmo ni siquiera terminó el segundo año. Falsifica las calificaciones del boletín, e incluso la firma del coordinador. Pasa todo el día fuera de casa y tú no tienes idea de a donde va. Además, es la cuarta vez que lo has visto robando. Eso es muy grave...*

—*¿Qué quieres que haga? ¿Qué le dé una paliza al niño? ¡Yo nunca haría eso! Creo que es de cobardes emplear la fuerza contra un niño indefenso. Eso podría causarle traumas y desórdenes perjudiciales para el resto de su vida. A un hijo hay que criarlo con amor y consejos. Solo cuando sea necesario se le puede castigar. Vale decir que eso ya lo hemos hecho. Incluso ayer, Oscar le prohibió a Anselmito salir con la bicicleta porque rompió la puerta de mi armario.*

Hermano se sentía desalentado. De nada servía tratar de mostrarle a los padres de Anselmo que el joven iba por un camino peligroso, pero, aun así, insistió:

—*Un niño es un ser que está empezando una nueva etapa de reencarnación,*

trayendo en su espíritu las tendencias buenas y malas que fueron adquiridas y cultivadas a lo largo de sus vidas pasadas, y cuando esas tendencias son negativas deben ser corregidas, e incentivadas cuando son positivas. Los padres no son los dueños de sus hijos, sino los depositarios de la responsabilidad de ayudarlos durante los años de reinicio, orientándolos y llevándolos al bien, mediante el uso de sus posibilidades, a fin de que la misión pueda ser cumplida cabalmente.

Fingiendo no percatarse el desagrado que el sermón le causaba a la pareja de amigos, prosiguió:

—Un niño nace trayendo en su subconsciente predisposiciones ya adquiridas en vidas pasadas. Vuelve a comenzar la vida en la materia a través de la fase infantil cuando, completamente dependiente, queda bajo el amparo de sus padres. Todo le parece extraño y desconocido. Su supervivencia depende completamente de los cuidados que recibe. Poco a poco comienza a entrar en contacto con el exterior, aprendiendo a comer, caminar, jugar, vestirse... pero, sus experiencias aún no le permiten ser independiente y decidir sobre sus propios pasos. Esa capacidad se adquiere lentamente, por lo que las leyes terrenales, de manera muy sabia, solamente le confieren mayoría de edad, es decir, responsabilidad sobre sobre sus propios actos, a los 18 años de edad.

La pareja de amigos parecía haber sido sacudida por las palabras de Hermano, quien continuó:

—Claro está que todos los niños y, principalmente, los adolescentes buscan “liberarse”. Es un impulso natural de la misma evolución, pero si lo liberas, es decir, si le das el derecho de dirigirse a sí mismo, se sentirá inseguro, perdido y desamparado, aunque muy satisfecho ante la posibilidad de dar rienda suelta al volcán de sus impulsos internos. Por otro lado, si los padres le muestran las normas o directrices que debe seguir, y el caso de desobedecerlas lo obligan a permanecer dentro de los lineamientos previstos, incluso a través de castigos más severos, podrá sentirse molesto, pero al mismo tiempo seguro, al recibir de los padres una mano fuerte y firme capaz de llevarlo correctamente, hasta que esté en capacidad de caminar por sí mismo.

Después de un breve silencio, Hermano continuó:

—Ser padre o madre no es tan solo luchar y sacrificarse para darle comodidades y educación a los hijos. También exige prepararlos para la vida, no para beneficiarse de ella como parásitos, sino para colaborar en la gran labor de construcción de un mundo mejor, más pacífico, justo y equilibrado. La mayoría de los padres carecen de firmeza para educar a sus hijos. Ceden ante sus deseos, muchas veces por comodidad, creyendo, equivocadamente, que de esta forma están demostrándoles su amor. Pero se requiere mucho más amor para castigar al hijo cuando es necesario, que cuando se le hacen concesiones o de le dan obsequios. Quien verdaderamente ama a su hijo, no mide sus sacrificios, ni siquiera cuando esos sacrificios puedan significar una disminución del cariño filial debido a un régimen disciplinario más riguroso, con miras a proveerles una verdadera educación. Porque, por más insólito que les parezca, un castigo adecuado crea en el alma del niño mayor confianza y cariño hacia sus padres. Amar a un hijo es tratar que el sea maduro, equilibrado y disciplinado, ya que únicamente de esta forma tendrá más posibilidades de alcanzar una vida mas beneficiosa y feliz en el hogar, en el trabajo y en la sociedad. No crean que, satisfaciendo todos los deseos de Anselmo, le están transmitiendo amor. Ustedes lo están perdiendo...

Esas proféticas palabras ahora venían a la mente de Hermano.

En realidad, el joven se había ido perdiendo cada día más debido a lo que sus padres creían que era el amor

por los hijos. A muy temprana edad comenzó a beber, a involucrarse en asuntos, a pelear y robar, convirtiéndose en el terror del vecindario y, ahora, tan solo era un cuerpo que yacía en el suelo, rígido y frío, como pidiendo ayuda. Ahora era un niño libre, sin disciplina, sin padres ni amigos, sintiendo vibrar en todo su ser espiritual el alucinante miedo a la muerte, a lo desconocido... Oía, muy remotamente, los gritos desesperados de su madre, pero había sido víctima de una puñalada y ahora estaba solo, únicamente con la compañía de una procesión de recuerdos de una vida llena de errores. Solo, dentro de la muerte, dentro de lo desconocido.

“UN PADRE QUE NO HACE LLORAR A SU HIJO, LLORARÁ POR ÉL...”

Capítulo 04

El ángel de la luz verde

Se dice que recientemente la tierra recibió la visita del Ángel de la Luz Verde, el más bello de los ángeles que trabajan en la Tierra, y cuyo nombre le fue dado porque en su pecho lleva una estrella muy brillante, cuyo color es de un verde tenue y su excelsa figura aparece envuelta en una luminosidad verdosa. En su frente, bordada con pequeñas estrellas, se encuentra escrita la palabra “*esperanza*”.

También se dice que el más hermoso de los ángeles había recibido de las jerarquías siderales la misión de ayudar a los jóvenes del planeta, porque en ellos radica la esperanza de un futuro mejor, aunque parece que en las últimas décadas sus preocupaciones han sido numerosas, debido a los informes que han recibido de la Tierra que hablan de indolencia, perversidades y vicios en el seno de la juventud.

Ante eso, al comenzar el año nuevo, el Mensajero del Señor decidió venir a la Tierra para observar “*in situ*” lo que estaba ocurriendo.

Su descenso se produjo en el momento más bello del crepúsculo, mientras el Sol se despedía y las estrellas comenzaban, desde lo alto, a dar mensajes de optimismo.

Las flores reabrieron sus pétalos, los pájaros afinaron sus trinos y la brisa salió a buscar los perfumes más sutiles, para recibir con mucho cariño al majestuoso visitante.

De esta forma, envuelto en una vibración de esperanza, el Ángel de la Luz, en compañía de Gedeón, inició su peregrinación por la Tierra, visitando los lugares preferidos de los jóvenes.

Primero entraron en un cine, donde la mayoría de los espectadores tenía menos de 20 años de edad. En la sala repleta, muchas parejas se besaban y se acariciaban en el auge de la excitación sexual. En la pantalla, una película pornográfica mostraba como los sublimes principios de la vida, de la reproducción de la vida, eran comercializados y utilizados de las maneras más extrañas y anormales, únicamente procurando satisfacer los apetitos e instintos más bajos.

Después de las correspondientes acotaciones de Gedeón, fueron a una plaza, donde varios jóvenes se divertían, formando pequeños grupos. Se acercaron un poco más y repararon que muchos de ellos fumaban

marihuana, crack o usaban otros narcóticos, ayudados de cerca por dos traficantes de drogas.

En un rincón, otros hablaban en voz baja, planificando robos o hurtos, que harían más tarde.

Entraron en un bar, donde ocho de las doce mesas estaban ocupadas por jóvenes que fumaban, bebían y conversaban bajo una música muy fuerte, que sonaba muy alto, con un ritmo enloquecedor. Se acercaron a una de las mesas para escuchar el tenor de la conversación y salieron entristecidos.

Tras lo presenciado, el Ángel decidió buscar los ambientes religiosos para ver cómo la fe caminaba en los corazones de los jóvenes. En la primera iglesia a la que entraron permanecieron un tiempo viendo el alegre canto de un grupo de jóvenes, ensayando canciones de carácter religioso, con la intención de grabar un CD. En la siguiente iglesia, chicas y chicos recibían al público que llegaba. Decidieron esperar para presenciar el culto. El predicador, un hombre de aspecto muy dinámico, mencionaba siempre el nombre de Jesús, pero algo estaba mal. Allí, el Maestro era visto y adorado como un proveedor de necesidades materiales y deseos de los fieles. Lo más extraño fue que su actuación estaba condicionada por el monto de las donaciones que recibía la iglesia.

—Gedeón, ¿ves cómo aún las personas confunden las cosas, ajustándolas según sus propios intereses? En esta iglesia Jesús es el padrino rico que da todo lo que le pide el abijado... —comentó el Ángel.

—Es triste ver lo difícil que les resulta a los hombres entender las verdades de la vida y los mecanismos de la Gran Ley —respondió el Asistente.

—Por eso necesitan reencarnar tantas veces en esta arena de luchas, alegrías y dolores, creciendo cada vez más hasta que comprendan que más allá de los deseos terrenales y de los llamados de la materia, el universo infinito resplandece gloriosamente, y que la voz del Padre los invita a la evolución.

Suspiró, concluyendo:

—Un día todos alcanzarán ese nivel de comprensión.

De esta manera, los dos pasaron la noche y parte del día siguiente, visitando los lugares de reunión de los jóvenes. La mayoría de las visitas provocaban que se acentuara una expresión de preocupación en el rostro del Ángel, quien comentó:

—En realidad, los informes que recibimos de la Tierra eran exactos. Gran parte de la juventud parece estar perdida en medio de la indolencia, del consumismo, de los vicios, de los placeres de la carne, de lo que llaman “emociones”, completamente alejados de su papel, como futuros constructores de un mundo mejor.

Tras una pequeña pausa, concluyó:

—Con toda seguridad sabremos poner cada cosa en su debido lugar a su debido tiempo, según la voluntad del Padre, pero, aun así, me sentiría más aliviado si pudiera encontrar algo realmente positivo y hermoso, de aquellos que todavía tienen pocos años en su existencia actual.

Apenas había terminado de hablar, cuando llamó su atención un pequeño grupo de cuatro jóvenes vestidos con sencillez, cargando sacos y que iban llamando de puerta en puerta.

Se acercaron para ver de qué se trataba y observaron que ellos estaban pidiendo alimentos para preparar, en el

Centro Espiritista al cual estaban afiliados, la sopa para el día siguiente destinada a los niños.

El Ángel sonrió con felicidad. La luz verde de la estrella que adornaba su pecho emanaba radiaciones brillantes, que envolvían todo el vecindario.

Varios espíritus con un aura luminosa que se encontraban en los alrededores vinieron a ver lo que estaba sucediendo y pronto un brillante séquito espiritual acompañó a los jóvenes en la tarea que les parecía tan pesada. Estaban cansados y tristes porque habían recibido muy pocos alimentos y al día siguiente 80 niños necesitados esperaban confiados la sopa para saciar su hambre.

Después de otra puerta que groseramente les cerraron en la cara, se recostaron en un árbol cercano. Estaban desanimados por las muchas dificultades que enfrentaban en cada paso, y especialmente por sus compañeros que siempre prometían participar y al final encontraban alguna justificación para no venir.

En ese momento el Ángel, majestuoso en su divina belleza, señaló al pequeño grupo, y exclamó:

—*¡He allí lo que estaba buscando! Todo lo que hemos visto hasta ahora es el aspecto doloroso de nuestra misión, porque en muchos casos debemos pedir auxilio al Ángel Gris, que para Dios y los hombres representa el dolor y el sufrimiento. Él se encarga de nuestros protegidos según sus necesidades evolutivas. Pero estos jóvenes, este pequeño grupo, simbolizan el renacimiento de la esperanza, los primeros rayos que ya están asomando en los horizontes del mundo, anunciando un nuevo tiempo.*

Las pequeñas estrellas que formaban en la frente del Ángel la palabra Esperanza brillaban con mayor intensidad a medida que se acercaba al grupo. Levantó su mano sobre los jóvenes y alzando su mirada en alto, rezó:

—*Padre... ayúdalos en esta jornada. Haz que renazca la confianza en sus corazones; multiplica sus tareas, para que la ociosidad no perjudique sus vidas.*

Con un rápido gesto, tocó sus frentes y brilló sobre ellos, aunque de forma invisible en la dimensión material, bordada con pequeñas estrellas luminosas, la palabra *Esperanza*.

Los jóvenes se miraron entre sí y observaron que una nueva luz brillaba en sus ojos, mientras que energías inesperadas vigorizaban sus cuerpos y almas. Se fueron, alegres y confiados, mientras que el Ángel de la Luz Verde y su excelsa comitiva partieron en otra dirección, buscando otros jóvenes que estuvieran necesitando su presencia.

Capítulo 05

Las enfermedades de Jeruza

Jeruza vivía enferma. Cuando no eran los riñones los que le causaban malestar, era la garganta siempre inflamada. Cuando no era la jaqueca, era el estómago, o sino la columna la causa de sus padecimientos y ya no podía siquiera recordar un día en el que hubiera sentido plena salud.

De dolor en dolor, tras haber agotado todos los recursos de la medicina, decidió arriesgarse y comenzó a buscar ayuda en el Espiritismo

Nunca antes había entrado en un centro espiritista, por lo que cruzó su umbra con cierto recelo. Allí esperaba encontrar personas con aires misteriosos, ruidos extraños o espíritus escondidos detrás de las puertas. Iba tan distraída con tales pensamientos que se asustó al topar, apenas entró, con una joven sonriente que le preguntó qué deseaba.

Detallando ese rostro, Jeruza buscó algunos indicios que confirmaran lo que había imaginado, pero se sintió decepcionada al ver que la joven era un ser normal, vestida con sencillez y buen gusto, sin nada misterioso o extraño. Se sintió más confiada y comenzó a decirle las razones de su visita. Fue conducida a una sala en la que se encontraba un señor que, de manera calmada, explicaba el Evangelio a los presentes, mientras una señora tomaba notas.

Esas explicaciones le parecían aburridas e incomprensibles. ¿Dónde se ha visto tal absurdo? ¿Decir que alguien pudo haber pedido a Dios nacer en un cuerpo enfermizo, sólo para no caer en tentaciones? ¡Imagina, pidiendo enfermedades!... ¡Sólo cabe en la mente de fanáticos como esa gente!

Pensó en retirarse, pero desistió, temiendo disgustar a los espíritus que seguramente estaban por ahí.

Al terminar la reunión, la señora que tomaba notas comenzó a leer lo que había escrito. Luego upo que se trataban de mensajes mediúmnicos o psicografiados.

—¿Hay alguien aquí llamada Jeruza Matos? —preguntó.

Casi dio un salto de miedo en la silla. Lo que menos esperaba era oír su nombre citado en esa sala. Nadie la conocía allí. No obstante...

Con gran dificultad, logró levantar la mano en un gesto afirmativo. Alguien fue hacia donde ella se encontraba, entregándole algunas hojas de papel.

Asustada y algo temblorosa, comenzó a leer:

«Querida Jeruza. Tu abuelo y yo te dimos la intuición de buscar un centro espiritista y también fuimos nosotros quienes elegimos el tema de los estudios de hoy».

Se frotó los ojos y leyó de nuevo. En realidad, era la letra de su abuela, pero ella había fallecido muchos años atrás...

Miró a su alrededor, temiendo encontrar la figura fantasmal, pero todo estaba como antes y las personas seguían atentas a las palabras finales de la reunión.

Un poco más tranquila, continuó leyendo:

«Nos causa tristeza ver que poco hayas aprovechado las lecciones que recibiste en nuestra colonia espiritual antes de regresar a la materia. Consultamos los archivos y allí encontramos la solicitud que le dirigiste a tus superiores, pidiéndoles una vida ardua a fin de anular tus fuertes inclinaciones a la ociosidad. Pedías un cuerpo feo para neutralizar la vanidad excesiva, que te había perjudicado en vidas anteriores. Además, pedías el remedio espiritual de padecer enfermedades, para frenar tus impulsos de crueldad y como un llamado a la fe, reconociendo que las almas pueriles solamente buscan a Dios en momentos de dolor.

Todas tus peticiones fueron respondidas y descendiste a la materia impregnada con los mejores propósitos para tu evolución. Renaciste en la Tierra con la bendición de la lucha por la supervivencia, con un cuerpo feo como

antídoto contra muchas tentaciones, y las enfermedades te han acompañado para reprimir tu falta de fraternidad y para hacerte un llamado a la religiosidad. Pero en lugar de agradecer al Padre por bendecirte con la oportunidad de una nueva existencia, vives reclamando y maldiciendo. Las horas que deberías pasar ayudando a tus hermanos de la humanidad, las utilizas en futilidades, o sino en lamentos inútiles y deprimentes. En vez de subir a las regiones espirituales superiores buscando a Dios, has preferido descender a los abismos de la negación, pero como a pesar de todo eres poseedora de algunos méritos, nos han dado autorización para ayudarte, aunque no sea como deseas.

Que el Padre te ilumine para que puedas dar nuevas directrices a tus pasos y pensamientos».

La carta estaba firmada por su abuela, a quien había amado mucho y había regresado al mundo espiritual hacía ya varios años.

Jeruza regresó pensativa a su hogar, dispuesta a no perder más tiempo con sus enfermedades.

Estaba decidida a emplear mejor su tiempo. Finalmente, se ocuparía de su propia evolución.

Capítulo 06

Clasificación CCC

Geraldino seguía rigurosamente todos los preceptos de su religión.

Una vez a la semana asistía a misa, comulgaba, y nunca olvidaba ningún detalle que pudiera ofrecerle a San Pedro, quien podría allanar el camino hacia las mansiones celestiales, después de la muerte.

Se creía muy inteligente. Tal vez era astuto. A los 52 años logró obtener la jubilación con apenas 23 años de servicio, y para pasar el tiempo, todos los días tomaba el autobús al centro de la ciudad, a fin de charlar con sus amigos, comprar algo de fruta fresca y coquetear con alguna joven que le “siguiera la corriente”.

En su regreso a casa, antes de llegar a su parada, el autobús pasaba frente a una iglesia y Geraldino, como buen católico que era, no dejó de persignarse. Como agarraba la bolsa de frutas con la mano izquierda, y debía usar la derecha para hacer la señal de la cruz, el conductor que era su amigo, le advirtió:

— *¡Geraldino, cuidado! En cualquier momento doy un frenazo y te vas a hacer daño.*

—Aunque muera... Al menos habré cumplido con mis obligaciones religiosas.

Dicho y hecho. En una de esas, el autobús frenó bruscamente y Geraldino cayó, golpeándose la cabeza tan infortunadamente, que desencarnó.

Un poco atontado, sin tener noción de lo que estaba ocurriendo, con el transcurso de las horas temió morir.

De hecho, allí estaba el ataúd y el cuerpo (¡Ah, era el mismo!) que estaba siendo velado. La viuda, debidamente de negro por el luto, solo daba alivio al ambiente de sus sollozos cuando se desmayaba; el hijo mayor, activo como siempre, se encargó de los aspectos legales y la hija, bajo el efecto de calmantes, dormía profundamente.

La situación era realmente seria.

Caminaba de un lado para otro, observando a los presentes, y si no

fuera por la preocupación de los siguientes pasos, bien que daría unas buenas carcajadas ante toda esa hipocresía, pues era público y notorio el rechazo que su familia sentía por él, principalmente desde la jubilación, que le permitía tener más tiempo para cortejar jovencitas y para sumirse en borracheras los fines de semana, que siempre terminaban con algo roto, aunque fuera en la cara de la esposa llorona o de alguno de sus hijos.

Alguien encendió un cigarrillo. ¡Hum!... ese olor a tabaco... ¡¡¡qué ganas de fumar!!! ¿Pero cómo, si estaba muerto? Sintió ganas abofetear al individuo. ¡Qué falta de respeto, fumar en un velatorio!

Las horas transcurrían lentamente por las agujas del gran reloj de la sala y ese olor a muerte empezaba a ponerle nervioso. ¿Dónde estarán las caravanas de ángeles que lo escoltarían hasta San Pedro? Quizás estaban esperando el último procedimiento religioso en la Tierra, el broche de oro, la entrega del cuerpo, para que el alma pudiera, libre del peso de los pecados, alzar el vuelo rumbo al Cielo.

Al parecer sus pensamientos o peticiones se estaban cumpliendo, porque la puerta se abrió para dar paso al sacerdote que venía a cumplir esa piadosa misión. Pero el tiempo pasó, el día ya empezaba a despuntar y nada del cortejo celestial.

«*Tal vez vengan a buscarme al cementerio*» —pensó Geraldino, carcomido por la preocupación.

Pero el ataúd descendió a la fosa, cubierto de flores y del alivio de los familiares, sin que los ángeles dieran muestra de su presencia. El día se convirtió en noche y la noche en día, pero no pasaba nada o, mejor dicho, empezaban a suceder cosas muy extrañas, dejando a los que recién habían muerto realmente aterrorizados: estaban hinchados, inflados, tumefactos y... horror de los horrores, sentía los gusanos royendo su carne. Miró sus manos y por aquí y por allá su piel se abría y aparecía la voraz cabeza de una larva. Miró de nuevo y no vio nada; todo era normal. Tal vez era su cuerpo pudriéndose en el ataúd lo que le causaba esas horribles sensaciones.

Quiso escapar del cementerio, salir corriendo de ese lugar de miedos alucinantes, pero no pudo. Era imposible escapar de la sepultura, escapar de esa pesadilla cuyas pinzas lo sujetaban al reino de la muerte. Tuvo que soportar el desfile de horrores minuto a minuto, y cuando finalmente había concluido el trabajo de los gusanos, alguien con suficientes poderes llegó para sacarlo de allí.

«*¡Ah, qué alivio! Por fin seré llevado ante San Pedro. Seguramente ese santo guardián de las puertas celestiales reconocerá mis derechos, adquiridos a lo largo de toda mi vida, por la que siempre había transitado obedientemente a los mandatos de la Iglesia*». — Al menos eso creía.

Pero no fue San Pedro quien lo recibió en la “*sala de juicios*”. El hombre que lo miraba con cierta piedad, sosteniendo en sus manos un registro, en nada se parecía a ese santo.

—*Geraldino Morais Nogueira* —dijo el desconocido con un tono solemne, continuando—: *Esta institución ha analizado su caso en detalle y usted será enviado a las zonas inferiores, donde podrá purgar los errores de su vida.*

—*¿Por qué?* —gritó Geraldino, lleno de revuelta y desesperación—.

Siempre he seguido estrictamente las normas de la Iglesia e incluso puedo informarle que estoy aquí porque preferí morir antes que dejar de obedecer un precepto religioso.

—*Es cierto* —prosiguió serenamente el hombre con la carpeta—. *Sin embargo, veo en su registro que siempre sacaste provecho de todas las situaciones: en el trabajo ascendiste a costa de una falsa imagen que generaste de tu persona y de la reputación de los demás, la cual muchas veces empañaste; en el hogar, fuiste tirano y verdugo; en la sociedad, te aprovechaste de la ingenuidad de muchas jovencitas, sin mencionar que alimentaste la envidia algunas personas, ni de la frialdad que demostraste ante el sufrimiento del prójimo y los cientos de horas de borracheras y otras situaciones similares .*

—*Pero mis derechos...* —balbuceó el pobre infeliz.

—*Ya tendrás suficiente tiempo para analizar ese asunto de los derechos y deberes* —continuó el representante de esa “*justicia extraña*”, concluyendo—: *De esta manera, en una encarnación futura, sabrás emplear mejor esos derechos, así como la libertad que te otorgue la vida. Por ahora, tu camino es por allí...*

La mano del hombre le indicó un camino oscuro, viscoso, resbaladizo, que descendía hacia el reino de las tinieblas, mientras una fuerza irresistible lo arrastraba en esa dirección. Mientras se dirigía a su nuevo destino, aun pudo oír al hombre de la carpeta que le decía a su asistente:

—*Archive este caso en la clasificación CCC.*

—*¿Clasificación CCC?* —preguntó el asistente.

—*Si* —respondió el hombre de la carpeta, concluyendo:

—*En esa clasificación se encuentran quienes confunden la conducta con la creencia.*

Capítulo 07

Noches granate

La noche se despedía de la madrugada con una sonrisa irónica para María Zilda.

Sentada en la mísera hamaca, podía percibir, preocupada y afligida, el recrudecimiento de la enfermedad que había provocado esa terrible crisis, en la que la hemoptisis la había dejado tan abatida.

Haciendo un gran esfuerzo para ocupar su mente vacía, intentó recordar cómo empezó todo: tos, fiebre recurrente, cansancio excesivo que apenas le permitía terminar algunas costuras... las suficientes como para pagar la casucha y, de vez en cuando, comer cualquier cosa.

Extendió su mano temblorosa por el hambre y la fiebre, buscando la caja de pastillas. Vacía. En realidad, ya no le surtían efecto. El médico le había dicho el día anterior que su caso se había complicado («*¡qué novedad...!*») y que tal vez ahora, solamente la hospitalización podría ayudar. El problema eran los medicamentos que debía tomar, tan caros que no podía ni imaginarlo.

Recordó la expresión del médico cuando le preguntó si tenía algún familiar rico que pudiera costearle el tratamiento.

No, no tenía... ni rico, ni pobre. Estaba sola en el mundo.

—*Tengamos fe... Tal vez un milagro...*
—dijo el Doctor bajando la mirada, porque no creía en los milagros.

María Zilda buscó una posición más cómoda, pensó un poco más y pensó que la solución era conformarse con la muerte que se aproximaba. Pero aún era muy joven... Sólo 26 años de edad. Y el miedo al sufrimiento, a que las crisis empeoren, a las noches teñidas de granate y a la soledad... ¡No! No podía conformarse.

Las noches se sucedían una tras otra, con sus irónicas muecas, y aparecían nuevos amaneceres, con esperanzas siempre renovadas de volver a perderse en noches de agonía, y a su mente llegaban palabras que había oído, no sabía dónde, que decían que la solidaridad era una flor que solamente nace donde existe la posibilidad de cambio o recompensa. Esta idea la aterrizzaba aún más y, en la soledad de la casucha, en la angustiosa espera de nuevas noches teñidas de rojo granate, se arrodilló en el suelo sucio, levantó las manos como un niño suplicando y rezó, implorando a Jesús que la ayudara.

A lo lejos se oían villancicos. Alguien estaba rindiendo homenaje al Niño Jesús. ¿Acaso era Nochebuena?

Recordó cuando era niña, los brazos acogedores de su madre, la voz serena de su padre y ¡lloró! Lloró y le pidió al Maestro una vez más que le permitiera vivir. Quizá sea esa noche santa, la noche de los milagros, la primera hora de su salvación.

En el hospital, el médico de guardia, al oír las campanas sonar, recordó a esa joven cuya mirada reflejaba su afán de seguir viviendo y se conmovió. La plegaria de la enferma había vibrado con tal intensidad en la luz del cielo que se reflejó en el alma del médico humanitario quien de pronto recordó a alguien muy influyente que le debía varios favores y que tendría el poder de obtener tanto la hospitalización como los remedios para la joven. A pesar de lo inapropiado de la hora, el médico tomó el teléfono y marcó...

María Zilda no sabía cuánto tiempo había estado así, rezando. Pero las primeras luces del día reflejaron en sus ojos la luz de la esperanza y, sin saber que lo había logrado, que la ambulancia ya estaba en camino, agradeció a Dios y al Niño Jesús por el mayor milagro de su vida... su vida... aunque fuera muy corta.

Era Navidad...

Capítulo 08

Un festín² en el Umbral

Anastasio se encontraba relativamente tranquilo. Estaba convencido de que era un buen espiritista y, por eso, no temía a la muerte que se aproximaba. Por el contrario, sentía una especie de satisfacción adelantada por la hermosa recepción que, con toda seguridad, tendría en el plano espiritual. Su extensa ficha de actividades a lo largo de 35 años lo acreditaba al título de

² **Nota del Traductor:** El título original en portugués es "*Forró no Umbral*", siendo que el término "*forró*" se refiere a una festividad popular del Nordeste de Brasil, cuyos orígenes se remontan al siglo XIX, entendida como una manifestación cultural amplia que abarca tanto un ritmo musical (cuya base musical la constituye la zanfoña, la zambomba, el acordeón y el triángulo metálico), un estilo de baile (arrastrando los pies) o, incluso, la festividad, donde ambos se producen. A los efectos de la presente versión en idioma español se ha utilizado la palabra "*festín*", en su acepción más amplia de festejo con baile.

victoriosos o, al menos, semi victorioso, condición que pocos podrían alcanzar.

Su pensamiento fue invadido por un suave letargo y ya su cuerpo rígido no obedecía las órdenes de su mente.

Sintió una fuerte explosión, o implosión, en dentro de su cabeza, y súbitamente se vio liberado del cuerpo carnal. Intentó levantarse, pero una fuerza irresistible lo arrastraba, sin saber bien hacia dónde. Sin embargo, sentía que iba en dirección descendente.

Preocupado, reparó que el ambiente se estaba volviendo oscuro y tenebroso. Sintió mucho miedo.

«¿Qué está ocurriendo?»

Quiso rezar, pero el miedo le impedía unir sus ideas.

Tras ser arrastrado por esas fuerzas desconocidas, finalmente llegó a un valle iluminado tenuemente por una gigantesca hoguera.

Las llamas bailaban sus rojizos reflejos a través del humeante ambiente, como si siguieran el ritmo de una zanfoña desafinada y estridente que sonaba furiosamente, sin parar. Sin embargo, al acercarse un poco más pudo ver, horrorizado, alrededor de la hoguera, un festín terrible y alucinante en torno del cual se movían hombres y mujeres de todos tipos y edades.

Su sentido religioso y estético se estremeció al detallar las expresiones de algunos de los bailarines, su sudor resbalando por sus cuerpos semidesnudos, a la vez que escenas sumamente degradantes moralmente provocaban que el viejo espiritista se estremeciera hasta sus entrañas.

Los bailarines, en pareja o solos, ya daban vueltas a su alrededor. Anastasio, al verse en medio de ese torbellino infernal, intentaba inútilmente escapar de allí.

Empezó a preocuparse. Entonces ¿era así? ¿Una vida entera dedicada al Espiritismo terminaba en un festín horrible y repugnante, en las regiones del umbral del planeta?

—*Pero ¿qué significa todo esto?* —exclamó.

—*¡Que alguien me explique!*

Pero nadie prestaba atención a sus gritos que se perdían bajo los acordes de la viola y en el ruido de pies arrastrándose en el piso. Lleno de ira, agarró al primero que se le cruzó por enfrente y lo asió con fuerza.

—*¡Usted tiene que decirme por qué estoy aquí!*

El interpelado giró su cabeza hacia Anastasio y pudo reconocer a su viejo amigo Gerónimo, quien también había sido espiritista en la Tierra.

—*¿Qué pasa? ¿Enloquecí?* —preguntó en medio de la mayor angustia.

—*No, Anastasio. No estás loco, ni yo tampoco. Solo que cometimos errores en la Tierra.*

—*¿Qué quieres decir? ¿El espiritismo es mentira? ¿Todo lo que aprendimos era mentira?*

—*No, querido amigo* —respondió Gerónimo, y tomando a su excompañero del brazo lo condujo al medio del festín—. *La mentira estaba en nosotros mismos.*

—*¡Eso es ridículo! ¡Es injusto!* —gritó Anastasio, tratando de imponer su voz en medio del ruido—. *En realidad, tu sí mereces estar aquí, porque nunca fuiste un*

espiritista decente. Además de irresponsable, siempre fuiste libertino. Llegaste incluso a seducir a una joven de la Juventud Espiritista e hiciste que abortara. Todos nos enteramos de eso.

—¡Y, no me dijeron nada!

El tono de amargura ahogaba la voz en la garganta de Gerónimo, y mientras las lágrimas brotaban de sus ojos, continuó:

—Ustedes son casi tan culpables como yo. Ustedes, que se ufanaban de ser grandes espiritistas, de practicar el Evangelio. Para todo tenían una respuesta en la punta de la lengua, como si fueran voceros del plano superior. Por lo tanto, tu, que eras el más buscado por quienes buscaban orientaciones, ¿por qué nunca me reprendiste?

Anastasio abrió los ojos y quiso responder. Pero, ¿qué podía responderle?

Gerónimo logró sacarlo del lugar donde los bailarines continuaban dando vueltas indeteniblemente, a pesar del sudor y del cansancio. Se apartaron un poco, no mucho, porque alrededor de la claridad podían ver sombras monstruosas moviéndose con un aire intimidante. Gerónimo continuó, esforzándose para no demostrar la intensidad de la pena y dolor que llevaba dentro:

—Estaba consciente de que eso estaba mal, pero la tentación fue más fuerte. La muchacha me correspondía y surgió una fuerte pasión. Luego vino la gravidez, después el temor de la joven por si llegaba a saberse y el escándalo. Yo sabía que ustedes estaban al tanto de todo, pero como nadie me aconsejó, como no me dijeron nada, creí que ustedes estaban aceptando todo con la mayor naturalidad y también terminé creyendo que, después de todo, no era tan malo.

Anastasio bajó la cabeza. Nunca lo había visto de esa manera. Algo empezaba a susurrarle desde el fondo del alma, diciéndole que en una comunidad espiritista las culpas de uno también golpean a quienes se abstuvieron de ayudarlo y corregirlo.

Nuevamente, Gerónimo arrastrado al medio de los bailarines y Anastasio aun podía ver su semblante humedecido por las lágrimas y marcado por un profundo pesar.

Sintió que debía reflexionar, replantearse algunas posturas, ordenar sus ideas. Todos estos pensamientos eran algo nuevo que sacudía su ser.

Un hombre se acercó, y le dijo:

—Bienvenido, Anastasio.

Observó el rostro e identificó a Manuel, antiguo compañero de asuntos espiritistas. Iba a darle la mano, pero advirtió, horrorizado, que sus brazos terminaban en dos muñones ensangrentados, de aspecto espantoso.

—Espero que no te quedes mucho tiempo aquí —le dijo Manuel, avergonzado, tratando de esconder sus brazos detrás de la espalda. Tras un suspiro, continuó:

—Yo si merezco estar aquí, pero ni siquiera se cuando saldré. Quizás me manden más abajo. Esto aquí es una especie de zaguán del Umbral. Los que permanezcan, es porque algo sostiene su caída. En mi caso, son las oraciones de las personas que sané.

—En lo que a ti respecta, —respondió Anastasio en tono altanero— es fácil entender que estés aquí. Eras un médium espiritista y luego nos enteramos que estabas cobrando por las sanaciones que realizabas.

Y, mirándolo con un aire de reprobación, concluyó:

—*Obtuviste una pequeña fortuna utilizando la mediumnidad.*

Manuel bajo la mirada, con la esperanza de que Anastasio no pudiera ver las lágrimas que empezaban a salir. Con voz humilde, pero demostrando penas contenidas, murmuró:

—*Es verdad... pero Ustedes no me dijeron nada. Principalmente tú, tan celoso de la pureza doctrinaria. Yo era pobre, tenía una familia que mantener. Empecé a recibir obsequios y, cuando me di cuenta, ya había ido muy lejos.*

Manuel levantó la cabeza revelando un rostro que expresaba un gran pesar y disgusto, al reclamar, en tono de acusación:

—*¿Por qué no me dijiste nada? Yo creía que, si estuviera obrando tan mal, los compañeros me llamarían la atención. Pero como nadie me censuró, fui cayendo más y más.*

Arrastrado al torbellino alucinante, aún tuvo tiempo de gritar, con voz llorosa:

—*¿Por qué no me reprendiste? Si al menos hubieras peleado conmigo, si me hubieras desmoralizado, golpeado, hubiera sido diferente.*

Bajando la cabeza, Anastasio lloró amargamente. Poco a poco fue calmándose. Necesitaba alejarse de allí, de ese festín diabólico, para sumergirse en reflexiones que jamás se le habían cruzado por la cabeza, pero sentía temor de las sobras y bultos amenazantes que daban vueltas por el lugar. Tropezó y cayó sobre una cosa suave que latía. Eran latidos cardíacos desordenados. Aterrado, vi que era un abortado, un espíritu que no podía desconectar su mente del legrado que había padecido y por eso estaba así, en forma de tejidos desgarrados, en cuya vida psíquica interna latía con pulsaciones de dolor y agitación.

—*¡Eso no!* —exclamó conmovido y al mismo tiempo con ira ante el destino—. *De eso estoy seguro que no tengo la culpa. Nunca incentivé, ni permití abortos.*

Entonces, el puñado de tejidos se estremeció y de sus entrañas emanó una voz quejumbrosa que le dijo:

—*Me llevaron a un centro espiritista y esperé mi turno para ser atendido. Confiaba que recibiría alivio y podría recuperarme. Esperé pacientemente, mientras usted adoctrinaba a un espíritu que había sido asesinado. Creo que se trataba de alguien muy importante, ya que pasó la mayor parte de la sesión conversando con él, haciendo preguntas, una tras otra. Cuando finalmente llegó mi turno, ya era hora de cerrar y usted no me dejó incorporar. Entonces me desesperé y me aferré al médium, pero usted dijo que debido a lo tarde de la hora nadie más podía "recibir" otro espíritu, Me enfadé tanto, con mucho odio hacia usted, que me arrastraron hasta aquí.*

—*¡Ah, Recuerdo ese caso!* —exclamó Anastasio—. *Pero no tuve la culpa. Si los líderes no son disciplinados, la sesión se convierte en un desastre.*

—*Yo no quería causar ningún desastre* —gimió el pobre espíritu—. *Tan solo buscaba alivio para mi sufrimiento, que era sumamente grande...*

Anastasio comenzaba a sentirse como un acusado.

¡Qué situación! Cuando creía que sería recibido en regiones espirituales más elevadas, incluso por alguno de los Ministros de Nuestro Hogar, que vendría a felicitarlo por su dedicación al Espiritismo durante tantos años. En cambio, estaba allí en ese horrible lugar, y lo peor de todo, sintiéndose culpable

Miró a ese ser latente, preguntándose a sí mismo: «¿Qué era más importante, la disciplina en nombre de la caridad, o la caridad en nombre del amor?».

Se irguió decidido a enfrentar la oscuridad y los bultos que lo rodeaban, con la intención de salir de ese festín infernal que empezaba a atraerlo con una fuerza hipnótica. Se aferró a algo para no ser arrastrado. Era el cabello de una mujer, que gritó de dolor.

«Esa voz...» —pensó.

Miró el rostro y pudo reconocer a Marieta, quien había sido una de las mejores oradoras del Centro.

—*Anastasio, ¿qué haces aquí?* —preguntó, prosiguiendo—: *No esperaba encontrarte aquí.*

Ya con más calma, Anastasio balbuceó:

—*Si... Yo tampoco lo esperaba. Pero, en cuanto a ti, todos sabíamos que eras una mujer ambiciosa y cruel. Predicabas la bondad, pero explotabas a tus trabajadores, sin perdonarles ningún error.*

Marieta, sintiendo que el torbellino la arrastraba, se aferró a Anastasio, gritándole:

—*¿Acaso alguna vez me llamaste la atención? ¿Alguna vez trataste de mostrarme en qué estaba equivocada?*

¡Esto ya era colmo! ¿Era culpable hasta de los desmanes de alguien que conocía la Doctrina mejor que nadie y que se dedicaba a dar conferencias sobre las virtudes evangélicas? Pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, la mujer concluyó:

—*Si tú, o cualquier otro compañero me hubiera reprendido, haciendo que yo abriera los ojos ante mi proceder, seguramente hubiera repensado mis posturas. Pero todos siempre se mantuvieron callados, aplaudiendo mis conferencias...*

«*Santo Dios!*» —exclamó Anastasio para sus adentros—. «*¿Será que tiene razón?*»

Pensó un poco y preguntó, casi murmurando:

—*Pero, ¿dónde está la caridad, la tolerancia?... ¿Dónde?*

Marieta, con voz embargada por un hipo, preguntó:

—*¿Crees que es caritativo ver a alguien hundirse en sus propios errores y no ayudarla... ni siquiera mediante un azote?*

Iba a decir algo más, pero el torbellino hipnótico la arrastró, dejando a Anastasio boquiabierto, sin saber qué pensar. Empezó a correr, tratando de escapar de ese lugar, pero se resbaló y cayó en el suelo de un enorme hospital. Allí todo era muy pulcro y el silencio contrastaba con el ruidoso ambiente de donde acababa de llegar. Un enfermero se acercó y lo invitó a acompañarlo. Entraron a un pabellón donde un centenar de enfermos lo observaban con aire de súplica, como si él, Anastasio, pudiera ayudarles. Antes que pudiera exteriorizar sus pensamientos, el enfermero dijo:

—*Anastasio, no te sorprendas. Estos enfermos son tan solo una parte de los que no pudieron ser atendidos por tu culpa...*

—*¿Por mi culpa? ¿Ahora todo es culpa mía?* —estalló Anastasio, en medio del auge de los conflictos que desarmonizaban su interior.

Se sentía agitado, sin querer aceptar los nuevos enfoques que le perseguían desde que había desencarnado.

Indignado, ante lo que consideraba que se trataba de una injusticia, continuó:

—*Creo que hay una gran equivocación. Siempre traté de ser un buen espiritista. Bueno, quiero decir, dediqué toda mi vida al Espiritismo y, fundamentalmente, a adoctrinar espíritus sufridos.*

—*Es cierto* —le respondió el enfermero—. *Pero tu labor se vio perjudicada por la vanidad y el orgullo.*

Iba a responder en ese momento, sintiéndose insultado ante esa acusación. El que siempre había predicado y practicado la humildad.

Pero algo se movía desagradablemente en su conciencia y prefirió oír en silencio.

—*¿Cómo?*

—*Si, Anastasio. Soy el enfermero que lleva a los espíritus enfermos a la asistencia mediúmnica en el centro donde trabajabas. Los enfermos de este pabellón deberían haber sido atendidos en el grupo que se disolvió debido a tu vanidad.*

—*Pero yo no soy vanidoso.*

—*Si lo eres, mi querido. Siempre fuiste considerado el mejor adoctrinador de la casa y esa idea se te subió a la cabeza. Al principio, cuando entrabas a la sala de reuniones tus vibraciones eran de amor y de deseo de ayudar al prójimo. Pero poco a poco comenzaste a embriagarte con la admiración que tu adoctrinamiento causaba en algunas personas y en ti mismo. Desde entonces, cuando entrabas en la sala, era como si pensaras en cómo deberías hablar en tal o cual circunstancia. Tu pensamiento, en vez de buscar al Altísimo, giraba en torno a los temas brillantes del adoctrinamiento, y como eras el principal responsable del grupo, este comenzó a decaer, hasta extinguirse.*

Anastasio abrió los ojos de par en par ante lo que empezaba a entender. Hace tan solo algunas horas se creía merecedor de excelentes servicios en el plano espiritual, pero ahora...

No obstante, el enfermero no le permitió terminar su reflexión, invitándolo:

—*Siéntate allí, en ese banco, para que descanses un poco, porque después voy a llevarte a otro pabellón. Allí encontrarás el archivo donde reposa el expediente de tus últimas vidas en la Tierra. Conocerás el importe de los errores que cometiste en algunas de tus reencarnaciones y entenderás que, durante todos estos años al servicio del Espiritismo, no le has hecho ningún gran favor. Por el contrario, el favorecido fuiste tú mismo al tener la posibilidad de resarcir parte de tus culpas, mediante un trabajo de amor en favor del prójimo. Además, fue tu gran oportunidad de crecer con valores positivos.*

Anastasio se sentía aturdido. Ya había leído numerosos testimonios de espíritus que esperaban recibir elegios en el mundo espiritual y se encontraban con amargas realidades, pero nunca imaginó que él mismo atravesaría una situación similar. Sinceramente creía merecer créditos especiales, pero ahora le informaban que su saldo era negativo. Sintió como si algo rasgara sus entrañas, despedazara sus emociones y pusiera en peligro su equilibrio mental. Se sentó en el banco que estaba situado bajo un frondoso árbol y empezó a meditar. Revisó sus buenas y malas acciones y penetró hasta el fondo de sus intenciones, descubriendo que rara vez eran puras. Había mucha hipocresía, incluso de él mismo y hacia sí mismo.

«*¡Oh, profundo e hiriente arrepentimiento! Ah, si pudiera regresar a la vida, sería otro hombre, un hombre nuevo, el de la*

reforma interior que tanto había predicado y que recién ahora entendía que no había aplicado en mí mismo».

Recordó casos de muerte clínica, en los que el muerto había regresado a la vida. Quién sabe, a lo mejor él podría regresar...

Se arrodilló, bajó la frente humildemente, y esta vez, de manera muy sincera, comenzó a orar: *«Mi Dios, ten piedad de mí... Ten piedad de mí».*

No podía decir nada más. Cualquier promesa le sabía a hipocresía. El rostro empapado en llanto, el alma llena de angustia. Se sentía muy pequeño y poco digno de piedad, de esa misma piedad que antes le producían los espíritus malos y rebeldes, cuando mostraban arrepentimiento...

Alguien lo tomó del brazo y lo sacudió con fuerza, diciéndole:

—¡Anastasio! ¡Despierta Anastasio! Deja de llorar. Seguro tuviste una terrible pesadilla...

Anastasio abrió los ojos. Le costó comprender que estuvo soñando, que todo aquello había sido una pesadilla, un mal sueño...

«¿Una pesadilla?».

—No. No fue una pesadilla —respondió—. Fue el sueño más hermoso que haya tenido... el más importante de toda mi vida.

“En una comunidad espiritista, la culpa de uno también afecta a aquellos que no hacen nada para ayudarlo a corregirse.”

Capítulo 09

Era médium y no lo sabía

No es que desconociera el fenómeno, pero nunca se le había ocurrido atribuir a la mediumnidad las cosas extrañas que le estaban ocurriendo. Además, ¿cómo aceptar la “pecaminosa” hipótesis de un religioso relacionándose con almas en pena, espíritus perturbadores y malvados, y otros habitantes del “astral” inferior? Esto se debía a que el “astral” superior aún no se había manifestado en sus percepciones, dejándolo con una ausencia espantosa e incluso humillante. Al menos esperaba comunicarse con santos de tercera e incluso de segunda clase, ya que los de primera clase, según su lógica, deberían estar muy ocupados cuidando de los numerosos intereses de la Religión.

Cierto es que pronto había renunciado a la idea de comunicarse con los santos, porque su conciencia no estaba muy limpia. Algunos frutos de amores clandestinos se escondían bajo su vestimenta religiosa y, quizás, por esta razón, aún no podía aceptar la idea de cambiar la sotana por ropas comunes. Además, era un tanto presumido, soberbio e increíblemente goloso, los cuales eran pecados capitales. Evidentemente, no era el único religioso equivocado. Los había encontrado a cada momento y en las más diversas religiones. Erróneamente creía que el hábito hacía al monje, y se consolaba pensando que al final sería perdonado, siempre y cuando partiera al “otro lado”, bien recomendado.

Así pasaba su vida plácidamente, hasta que los fenómenos comenzaron a producirse. Sus días se tornaron penosos, con sensaciones angustiosas, y

sus noches estaban encadenadas a pesadillas atroces. Sólo lograba sentirse un poco mejor cuando rezaba. Las penitencias ordenadas por sus superiores tampoco surtieron efecto, y ahora aquello culminaba en visiones que lo acompañaban, dondequiera que se encontraba.

El día anterior, al acostarse para el descanso nocturno, sintió que su cuerpo se ponía rígido, su respiración lenta y profunda, un extraño zumbido en sus oídos y poco a poco se fue desprendiendo del organismo carnal, yendo rápidamente hacia lo desconocido. Al principio, un árido y triste desierto, con algunos cactus levantando sus espinas en inútiles súplicas por un poco de agua. Luego, algunas rocas que atravesó sin sentir las, viéndose a sí mismo en una cueva fría y oscura, por la que descendía rápidamente, sin saber adónde iría a llegar.

Finalmente llegó a un abismal y oscuro valle lleno de humo y niebla. Fue recibido por una secuencia de gritos y lamentos, seguidos de carcajadas diabólicas, que le pusieron los pelos de punta. Algunos árboles resecos y sin hojas se retorcían con el viento, y tuvo la impresión de que eran seres humanos contorsionándose por la violencia de la tempestad y, junto con los silbidos del vendaval, le pareció oír sus dolorosos lamentos. Luego, en un pequeño claro iluminado por unas antorchas de luz rojiza, un hombre con expresión animal sostenía a una mujer en sus brazos, a la que a continuación lanzaba al aire, mientras otro compañero ponía una especie de alfombra llena de espinas en el lugar donde ella iba a caer. Los gritos de la mujer se mezclaban con la risa satánica de esas criaturas, e incluso él mismo sintió ganas de reír, gritar o aullar.

Horrores similares siguieron a lo largo del terrible viaje hasta que finalmente, exhausto y al punto de enloquecer, regresó a su cuerpo físico, sintiéndose helado y mojado por el sudor frío. Poco a poco logró mover los dedos, luego las manos y los pies, hasta recobrar completamente el control de su cuerpo carnal. Al amanecer, se vistió de prisa y salió en busca de un viejo amigo espiritista, que quizás podría ayudarlo.

—*No me cabe la menor duda*—le dijo Esteban, tras oírlo atentamente—. *Eres médium. Lo que sucedió fue un desprendimiento de tu cuerpo espiritual, e hiciste un viaje a las regiones inferiores del Umbral, presenciando y observando algunos de los horrores que allí ocurren. A esas regiones son atraídas, después de la muerte del cuerpo físico, las personas que han cometido muchos errores, engañando o tratando de engañar su propia conciencia. Son criaturas que por su mal vivir sometieron sus cuerpos espirituales a vibraciones más lentas o pesadas. Por eso, así como los iguales se atraen, esas criaturas son atraídas a regiones de dolor, horror y desespero después de la muerte.*

Aún más preocupado, el párroco preguntó:

—*¿Quieres decir que estuve en el infierno?*

—*De alguna manera, sí*—explicó pacientemente Esteban—. *Sólo que esos seres no están condenados al castigo eterno, ni Dios los ha olvidado. Se encuentran allí purgando sus culpas y a medida que se arrepientan con sinceridad, serán acogidos en Instituciones de trabajo y aprendizaje en otras capas del plano espiritual, o bien para ser enviados a una nueva reencarnación, regresando a la materia, a través de las puertas de las cunas.*

Meses más tarde se pudo ver a

nuestro buen religioso asistiendo, a escondidas, a una sesión espiritista privada en la casa de su amigo Esteban, “*recibiendo*” espíritus sufridores. Eran entidades que él buscaba en las regiones del Umbral Inferior durante sus desdoblamientos, practicando así la más completa caridad y garantizando, para sí mismo, el equilibrio psíquico y mental.

Además, ahora podía entender que, en realidad, “*el hábito no hace al monje*” y que cada persona, quienquiera que sea, es responsable ante Dios de sus actos, debiendo responder, tarde o temprano, por el mal que hace, o el bien que deja de hacer.

Capítulo 10

El viento se arremolinó

Era domingo, tarde placentera, cielo sin nubes.

Bajo la sombra del porche, Marta se mecía en la hamaca mirando sus manos. Estaban envejecidas, arrugadas y algo deformes.

Pensó en lo útil que eran sus manos, en lo mucho que le habían servido a ella y a tanta gente. Las besó con emoción, amando las arrugas y las manchas dejadas por el paso de los años. Respiró profundamente, sintiendo la energía fulgurante del sol, penetrando su cuerpo en oleadas vitales.

Estaba sola, pero no le pesaba la soledad. A su alrededor había vida. Dondequiera que dirigiera sus ojos la hallaba: en las hormiguitas que subían por el tronco que soportaba el porche, en el vuelo solitario de la mariposa exhibiendo sus colores vivos y brillantes, en el marullo de las aguas del arroyo, en trinar de los pájaros... El ambiente estaba lleno de sonidos, voces de vida hablando de Dios.

Afortunadamente, había comprendido a tiempo que había que dejar que Dios ocupara sus espacios interiores, para que no fueran tomados por otras fuerzas como la malicia y la amargura. Poco a poco y con mucho esfuerzo, había logrado este “*estado*” interior: mitad amor, mitad alegría de vivir.

Para Marta, la vida cantaba en todo... Y cantaba en la brisa que le acariciaba el rostro y se arremolinaba en su pelo, recordándole el viaje, casi oculto en las arrugas del tiempo, que había hecho desde la ciudad hasta ese centro turístico rural, cuando era apenas una joven recién casada. Los amigos habían puesto un sofá en la cabina del camión y una cesta con flores y golosinas para el largo viaje, que se realizó sin inconvenientes, repleto de cariño y felicidad. El brillante sol resplandeciendo en el espacio invitaba a la naturaleza a cantar la alegría de ser, estar y vivir. El remolino del viento le arrojaba los cabellos sobre el rostro y Antonio los apartaba con gestos de ternura para contemplar, feliz, la dicha manifestándose en el semblante de su compañera.

El transcurso del tiempo había cambiado todo, o casi todo, porque en su interior Marta era la misma, o incluso mejor. No es que la vida le hubiera resultado fácil. Por el contrario, había sido muy difícil. Pero para ella lo importante no radicaba en *vencer* las dificultades, sino en *cómo* hacerlo, y en ese *cómo* crecía mucho... en su interior.

Meditó sobre las leyes de Dios. Cómo eran sabias y perfectas. Cómo activan los mecanismos de la vida, permitiendo a los seres elegir a su voluntad y con plena libertad sus propios caminos. Y esa libertad, por gracia divina, es precisamente el más hermoso recurso de la evolución, al hacer que el alma madure apaciblemente en el transcurso de las libres decisiones.

Risueña, Marta tuvo ganas de abrazarse, felicitándose por las decisiones que había tomado, por nunca haber permitido que las cargas de la vida le hicieran inclinar la cabeza ni bajar la mirada; por no haberle dado cabida al resentimiento, a la amargura o al desamor que, tercamente, la saludaban con sus negras banderas.

Con ese flujo de alegría, dio gracias al Señor por todo lo que había puesto en su camino.

El viento se arremolinaba en su cabellera canosa mientras agradecía al Creador por los días del pasado, por el presente y por el futuro, viendo en Él claridad, a pesar de la vejez y de la proximidad de la muerte carnal.

El viento volvió a arremolinarse, jugando con las luces que emanaban de los pensamientos de Marta.

Capítulo 11

La fiesta

La invitación seguía en pie.

Sería una fiesta muy distinta de las que conocía. En determinado momento, cuando el alcohol y las drogas ya estuvieran muy bien asentados en el gallinero cerebral, la gente comenzaría a divertirse. Con las luces apagadas, para crear mayor suspenso, cada uno de la mitad del grupo, entre muchachos y muchachas, recibiría una llave de una habitación. Luego, la otra mitad entraría, cada uno en una habitación, sin saber quien estaría dentro. De esta forma, algunos cuartos serían ocupados por dos muchachos o por dos muchachas, pero eso no importaba ya que, de cualquier manera, se consumaría el acto sexual. Decían que se trataba de una nueva experiencia, un grito de libertad, la afirmación de la independencia personal, la lucha contra los tabús. Mediante ese acto todos asumían lo que hacían. Era muy importante destacar eso de “*asumir*”.

Augusto no sabía que hacer. Después de todo nunca había tenido experiencias homosexuales, a pesar de su naturaleza delicada, sensible y un poco femenina.

¿Y si le tocaba un chico como compañero de orgía?

Pensó contárselo a su madre. Tal vez ella podría darle algunos consejos. De hecho, ella además de madre siempre fue una gran amiga. Pero “*lo de moda*” era justamente la libertad, “*asumir*” cualquier acto, sin influencia de terceros, principalmente de los más viejos. Era mejor no contarle nada.

Augusto no podía imaginar que en ese momento estaba definiendo su destino. Le gustaba el arte y el placer. Tenía algunas inclinaciones extrañas: le gustaba las ropas atrayentes, muy alocadas y aunque hasta ese momento había tenido pocas experiencias sexuales, pero siempre con el sexo opuesto, la fragilidad de las chicas lo hacía sentir incluso más frágil y muy inseguro.

En realidad, Augusto de tipo transexual, es decir, poseía características masculinas y femeninas, aunque su lívido era normal. Este hecho a veces lo afligía, como si su realidad estuviera dividida y necesitara unir esas dos mitades.

La fiesta comenzó como todas las fiestas, con mucha bebida, música y bailes. El alcohol subía a la cabeza, haciéndola más ligera... sin preconceptos ni límites. Miró a su alrededor. Una chica poco agraciada se le acercó buscando compañía. Se levantó y salió al jardín. No se sentía a gusto.

Tendido sobre un banco, un joven con un vaso en la mano mostraba su espalda desnuda. Piel bronceada, cubriendo los vibrantes músculos de fuerza y virilidad. Se sentó cerca, sintiendo la simpatía que irradiaba y, además de la simpatía, un sentimiento de confianza en sí mismo.

Ya bastante borracho, trató de pensar en sí mismo como un ser sexual practicando anomalías en nombre de la libertad, del placer. Un agradable escalofrío recorrió su cuerpo. Se sentía excitado. Esa idea de "tener sexo" con otro hombre había entrado en su cabeza como una posibilidad, pero ahora, frente a ese joven, estaba empezando a convertirse en realidad.

La música se detuvo, el momento más esperado de la fiesta había llegado. Las llaves de las habitaciones fueron entregadas a la mitad del grupo y las luces fueron apagadas, Contaron hasta treinta y comenzaron a buscar las habitaciones, ansiosos de placer.

Augusto pasó frente a dos puertas, pero se detuvo en la tercera y... entró. En la oscuridad, tan solo se sentía una ligera respiración. Se aproximó un poco asustado, anticipando el placer. La vista, ya más acostumbrada a la oscuridad, comenzó a identificar la espalda desnuda, la piel bronceada, que cubría una musculatura vibrante de fuerza y virilidad.

Se entregó sin reservas, atraído por ese cuerpo bronceado, de manera inconsciente, ahogado, como estaba, en alcohol.

Esa fue la primera vez, pero no la última. La atracción inicial creció con la ruptura de los tabúes, y unos meses más tarde Augusto se declaró definitivamente homosexual. Nació en un cuerpo equivocado, dijo a su propia conciencia; no era su culpa, sino de quien lo creó, de quien dio a luz a un ser con alma sensible en un cuerpo masculino.

Pasó el tiempo y muchos dolores ensombrecieron el alma de Augusto. El joven de espalda desnuda, su pasión, su amor, pronto se cansó, viajó, se marchó. De nada valieron las lágrimas o ruegos, ni siquiera los obsequios o las amenazas. Se encontró solo, privado de su dignidad, herido en sus sentimientos más fuertes.

Después de que la marea había pasado, que tragó grueso, pensó en empezar de nuevo, en ser el Augusto de antes, incluso indefinido en sus inclinaciones, pero no lo consiguió. Su libido ahora se dirigía, con fuerza aterradora, al género masculino. Amó, odió, hirió y se hirió a sí mismo mientras la vida corría y en esa carrera su lugar terminó siendo la calle, la plaza, la esquina, la búsqueda de cualquiera...

Se sintió enfermo. Desde hace varios meses notaba síntomas preocupantes, así que decidió buscar al médico. Exámenes de esto, exámenes de

aquello, y llegó el diagnóstico, la sentencia de muerte en un nombre tan corto y vil.

Asombrado, miró al médico. Los grandes ojos en un rostro enflaquecido gritaban su desesperación, su dolor. Pero no dijo una palabra, porque vio en el rostro del galeno una expresión de escarnio, un cierto aire de desprecio. No, no iba a dar su brazo su brazo a torcer. El médico jamás sabría que, en ese cuerpo maltratado, azotado por apetitos sexuales distorsionados, en esa sangre sin inmunidad, se encontraba un alma que sufría terriblemente y en cuyos ojos la muerte comenzaba a presentarse como un juez liberador.

Pero no era sólo la muerte, sino también el dolor, el sufrimiento terrible, las noches oscuras de diarrea y los sudores helados, anticipando el frío de la tumba. Era la ausencia de los ojos de amigos, parientes e incluso de simples conocidos; la falta de calor humano, un gesto de solidaridad. Era el terrible estigma del SIDA que lo acompañaría hasta el final.

¿Cómo viviría de ahora en adelante, esperando ese final? ¿Cómo se mantendría?

Recordó a su padre, su madre ya había muerto. Tal vez se compadecería de su situación y lo llamó a su casa... la casa de su infancia, de su inocencia. Después de todo, era hijo único.

Pero no fue así. La respuesta a su carta llegó lacónica y fría, comunicando que en el banco tal Augusto encontraría mensualmente lo suficiente para pagar su cuarto y comida. Solamente eso. Era el angustioso cierre de todas las puertas, incluyendo las del corazón paterno, y con ellas también murieron todas sus esperanzas, las que aún alimentaba en algún rincón de los sentimientos. Esa carta era la sentencia final y fatal. Era la decisión del tribunal de la vida, expulsándolo de la comunidad humana.

Tendido en la cama, con algunos libros en la cabecera, la mirada de Augusto vagaba por las paredes desnudas y sucias buscando respuestas, explicaciones a los grandes dramas de la vida. A su mente llegaban recuerdos de tantos hechos y actos, de tantos amores y orgías, en la plena libertad de quienes no tienen prejuicios... de quienes "*asumen*" lo que creen ser.

No tenía otra opción, tan solo seguir "*asumiendo*" ...

Capítulo 12

El hombre niño

El día llegaba a su fin caliente y melancólico, mientras la noche cubría la tierra con una capucha oscura.

Los pasos se extendían a lo largo del camino y su corazón palpitaba con más fuerza, ante la expectativa del regreso. La casa paterna, abandonada de manera tan intempestiva, ahora parecía un oasis de luz y paz en medio del árido desierto de su vida.

Aceleró el paso de manera que ya era rápido, y el cuerpo casi volaba por el sufrimiento de llegar.

Cuántos recuerdos despertaba en sus emociones aquel caserón.

La memoria remontando al pasado, le traía de vuelta la lejana infancia que guardaba sus diversiones de niño. Allí, en medio de la naturaleza,

rodeado de verdes colinas, habían transcurrido los años más felices de su vida y, ahora, después de una prolongada ausencia, marcada por la competitividad feroz, estaba de vuelta en el hogar.

Pero la niñez se había ido, y con ella, la inocencia y la candidez de su corazón. Ahora era alguien cuya alma había sido marcada por el pincel de la vida.

Se detuvo frente a la puerta con miedo a entrar. Sentía que encontraría su infancia de nuevo, aunque modificada. Allí, en el umbral, en el silencio del crepúsculo, ya no sabía a ciencia cierta si era un hombre o un niño.

¡Ah!, la infinita dulzura del viejo y querido hogar. Cada rincón era una canción de nostalgia e incluso el polvo del suelo había compartido su existencia; era parte de su historia.

Regresaba cansado, marcado por la vida. Había buscado hacerse hombre, como si un hombre no pudiera, a la vez, ser un niño. Quería tener poder, ser respetado o temido, tomar el mundo con sus manos, subir a la cima del pedestal y ver ante sí los rostros sumisos, obedientes, a cualquiera de sus órdenes. Pero para llegar allí, para conseguir sus propósitos, tuvo que ahogar su conciencia, practicar acciones de las que ahora, allí, casi delante de los viejos padres, se sentiría avergonzado.

A un paso de la calidez del nido que lo había visto crecer, escuchando detrás de la puerta la voz de su madre y la palabra serena y siempre sabia de su padre, se sentía exactamente como el hijo pródigo de la parábola que había dicho Jesús. Estaba de vuelta en el hogar paterno, hartado del mundo y sus fantasías, deseoso de recoger de nuevo las flores de la sonrisa de los labios de su madre y ofrecerle, con la misma pureza de antes, los más bellos sentimientos que albergaba en su corazón.

Creyó que tantos viajes, tantos caminos y desvíos lo habían convertido en un hombre maduro y experimentado, pero tan sólo ahora pudo entender que, sintiéndose niño otra vez, realmente podría crecer y convertirse plenamente en hombre.

Capítulo 13

Una simple caída

Todo comenzó a ir mal en la vida de Antonia.

Primero, la carta de la madre diciendo que Claudinho estaba enfermo y que enviara dinero para los medicamentos. ¿Pero cómo, si su salario como ama de llaves ya iba, casi por completo, a su madre en el interior, para los gastos de su hijo?

Pensó en pedir un adelanto, pero el jefe estaba de mal humor. Los negocios no iban bien. La cuestión era esperar un poco.

Entonces, se produjo una caída. Una caída tonta sin sentido, pero el pie sufrió algo... un nombre extraño que le dio el médico y que necesitaba ser enyesado.

¡Ah, otro pequeño fastidio! Y como si todo esto fuera poco para hacer su vida un infierno, descubrió que Geraldo, su marido, tenía una aventura con otra.

¡Eso ya era colmo! ¡Podía soportar los problemas de dinero, los medicamentos del hijo e incluso el pie enyesado, pero lo de Geraldo... ¡Ah,

Geraldo! No quería ni pensar en ello, porque el corazón se le estrujaba. Esa voz grave y suave diciéndole palabras tiernas al oído; los fuertes brazos que rodeaba su cuerpo. ¡Qué bien se sentía con él! Los momentos en que estaban juntos, esas pocas horas, satisfacían sus necesidades de afecto y seguridad por el resto de la semana. Y ahora otra mujer había invadido su vida, robando lo que ella más necesitaba para vivir.

Se perturbó, se enojó, y un terrible odio comenzó a invadir su espíritu.

Necesitaba vengarse... Vengarse de aquel hombre que la estaba traicionando tan vilmente.

¡No, no! En lugar de la venganza, sería mejor, mucho mejor, mandar a hacerle un “trabajo”, de esos que ella conocía tan bien, para alejar a la otra y hacer que Geraldo volviera. La otra, esa, podría sentir todo el peso de su odio.

Conocía un Lugar por allí, donde se especializaban en trabajos de ese tipo, pero debía esperar a que mejorara su pie.

Mientras tanto, su prima Tiana vino a buscarla para pasar un fin de semana en su casa. Conversando de todo un poco, alguien mencionó un médium muy bueno, por allí, en los alrededores. Antonia se animó. Iría allí, aunque fuera saltando en un solo pie.

A los médiums que ella conocía les gustaban los “trabajos” de ese tipo. Todo lo que tenía que hacer era pedir y pagar.

Seguramente ese del que tanto hablaban no tendría ninguna objeción. De hecho, para ella, la mediumnidad estaba destinada para ese propósito: resolver los problemas de la gente.

Al anochecer, apoyada por sus primas, Antonia logró llegar a la modesta casa donde el médium estaba incorporado por un espíritu, que dijeron que era el viejo Tião. ¿Quién era ese viejo Tião?

Miró a su alrededor y se sintió incómoda. El ambiente era algo distinto a los que ella conocía. Allí observó algunas personas enfermas, otras perturbadas, esperando su turno. En la pared había un cartel con la frase: “*El silencio es oración*”.

Sin entenderlo, mentalmente repetía: «*oración... el silencio es oración...*»

Repentinamente, sin entender por qué, comenzó a sentir un poco de vergüenza por lo que quería preguntar. Se sentía como una persona con los pies llenos de lodo en una casa muy limpia.

Diferentes ideas comenzaron a formarse en su mente y por primera vez cuestionó su decisión de recurrir a la brujería para solucionar sus problemas y para vengarse. Cuando finalmente fue llamada para hablar con el espíritu del viejo Tião, ya estaba decidida a no buscar revancha.

—*Hija mía ¿cómo te sientes?*

Esas palabras interrumpieron los pensamientos de Antonia.

—*Bien —respondió—. En realidad, quiero decir, más o menos.*

—*Hija mía, siéntate aquí... al lado del viejo.*

Antonia sintió un estremecimiento. Esa voz tan dulce, tan sincera, le recordaba a su propio padre, el que había perdido a los siete años de edad. Una emoción profunda embargó sus sentimientos y empezó a llorar... El viejo Tião le acarició el cabello sin tratar de detener el mar de lágrimas. Eran

importantes para liberar tanta pena reprimida, tanto sentimiento de dolor acumulado en el transcurso de los años, y cuando la joven finalmente logró calmarse, el viejo le preguntó:

—*¿Qué es lo que tanto está hiriendo a tu corazón? ¿eh?*

—*Es Geraldo. Me dejó... me dejó por otra* —respondió Antonia, llena de amargura.

—*Y estas buscando venganza, ¿no?*

La pregunta del viejo Tião estalló como una bomba en el corazón de la joven, incapaz de articular una palabra.

—*Tu vida comenzó a desmoronarse de repente, ¿no es así, hija? Fueron tantas cosas malas a la vez que pensaste que era brujería.*

Con los ojos abiertos de par en par, Antonia preguntó:

—*¿Cómo lo sabe?*

El viejo sonrió y prosiguió:

—*En realidad es brujería... y de la fuerte. Solo que quien la hizo no fue la persona que piensas.*

—*Entonces, ¿quién fue?*

—*Fuiste tú* —respondió el viejo en silencio—. *Tú misma...*

—*¿Yo?* —exclamó Antonia completamente sorprendida.

—*Veamos* —continuó el viejo Tião, poniendo la mano en su frente—. *Hum... ¿recuerdas cuando que te molestaste con tu patrona?*

La joven permaneció callada. Lo recordaba muy bien. Había trabajado para el Dr. Cirino durante muchos años, desde que vivía con su primera esposa. Luego vino la separación y tiempo después el jefe decidió volver a casarse. No le agradaba esa idea; ya estaba acostumbrada a esa vida tranquila con poco trabajo y ahora la nueva patrona le exigía mucha más atención y cuidados con la casa. Un día, sólo porque había dejado quemar un poco la comida, distraída con la telenovela, esa intrusa le reclamó muy duramente y ¡eso no se iba a quedar así!

Y no quedó así. A la primera oportunidad, allá en el lugar de brujerías al que frecuentaba, encargó un “trabajito” para su patrona; algo que deshiciera ese matrimonio. Sin embargo, a pesar de algunas peleas algo acaloradas entre la pareja, la intrusa permanecía en la casa.

—*¿Ves, hija mía?* —continuó el viejo, como si leyera sus pensamientos—. *Todo el mal que hacemos, siempre regresa a nosotros. Tu vida empezó a desmoronarse después de que empezaste a vibrar mal con tu patrona y a pedirle a los espíritus inferiores cosas tan terribles como destruir un hogar.*

Antonia se quedó sin palabras y también se sintió avergonzada. El viejo continuó:

—*Y no eres la única, mi hija. Miles de personas en este Brasil sufren terribles desajustes y problemas por la devolución de acciones de ese tipo. Porque no sólo con brujerías se hace mal; sino también con el pensamiento, con las palabras, con las emociones... e incluso con la mirada. Nuestro espíritu es energía, y siempre que dinamizamos esa energía en vibraciones de odio, venganza, resentimiento, envidia y similares, estamos enviando esa carga a la persona pretendida. Solo que todo el mal que enviamos a los demás regresa a nosotros, a menudo, con mayor fuerza.*

Acariciando cariñosamente la cabeza de la joven, el viejo preguntó:

—¿Ves que no vale la pena vengarse? ¿Entiendes ahora por qué Jesús pidió perdonar todo y a todos?

Cabizbaja, trató de entender ese mecanismo que no permitía la venganza. Tras unos momentos de silencio, preguntó, con un dejo de indignación en su voz:

—¿Está tratando de decirme que debo perdonar a esa... infeliz por haberme robado a Geraldo? Eso no me parece....

—Nadie roba a nadie, porque no somos dueños de los demás. Si Geraldo decide seguir otro camino, no será una brujería la que lo retenga. Sólo conocemos el presente y una pequeña parte de nuestro pasado. No recordamos las cosas que hicimos en otras encarnaciones, y esas acciones, en su mayoría, son las causantes de muchos de los sufrimientos que atravesamos o de la felicidad que disfrutamos en la actualidad.

Antonia quedó en silencio, meditando un poco y comentó:

—Usted dijo que todos mis problemas empezaron a producirse porque yo encargué esos “trabajos” ...

—Y también debido a los pensamientos y sentimientos de odio y rencor que has estado desarrollando —añadió el espíritu.

—Entonces... ¿qué debo hacer?

—El odio se deshace con el amor, y la maldad con la bondad. Por ese motivo el Maestro pidió amar a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo.

El viejo pasó su mano suavemente en el cabello de la joven y concluyó:

—Hija mía, confía en Dios y pídele que te ayude en los momentos difíciles, que te dé fuerza y coraje para enfrentar las batallas de la vida y, sobre todo, que te muestre las actitudes correctas ante cualquier situación, para que hoy puedas construir mejores condiciones para tu futuro.

Antonia se levantó, dio las gracias y se fue pensando en esta nueva realidad que le había sido presentada, y sin darse cuenta, ya estaba empezando a aceptar la posibilidad de perdonar.

Capítulo 14

En las garras de la obsesión

Ernesto sabía que sus pasos torpes estaban listos a cruzar los límites de la locura o, quién sabe, a una dimensión aún más terrible que la pérdida de la razón.

Por más que se revisaba física, mental y emocionalmente, no era capaz de entender lo que le pasaba. Sólo estaba seguro de que nada en él estaba bien o normal.

Rezaba mucho, suplicando protección divina, lo que le proporcionaba cierto alivio y le hacía sentirse más lúcido, pero la última vez que intentó rezar vivió una experiencia que no quería que se repitiera.

Su esposa había salido con los dos hijos de la pareja a una pequeña fiesta de cumpleaños y él se quedó solo en casa. Su cabeza le pesaba mucho, confundiendo un poco el raciocinio, dando paso únicamente a pensamientos oscuros donde reinaba la muerte, sembrando accidentes, crímenes, violencia...

Angustiado, buscó el refugio de su habitación, se arrodilló al pie de la cama y comenzó a balbucear el Padre Nuestro, pero las palabras de la oración se convirtieron en blasfemia, intercaladas con expresiones de baja jerga. Por mucho que lo intentaba, no podía recordar ninguna otra oración. Sentía que su cabeza estaba siendo atravesada por vibraciones, como pequeñas descargas eléctricas que le detenían el raciocinio y se exteriorizaban en una especie de cordones que salían del cerebro en todas las direcciones, conectados a seres deformes que se movían y multiplicaban, aproximándose y alejándose, en un vaivén alucinante, dando la impresión de enormes arañas, serpientes, escorpiones y similares. Escuchaba en su cabeza terribles amenazas, acompañadas de carcajadas macabras, gritos, aullidos, gemidos y lamentos. Su cuerpo se retorció con espasmos dolorosos bajo el acoso del astral que lo rodeaba y el pánico se apoderó de sus emociones. Hizo un esfuerzo sobrehumano y logró levantarse. En un breve momento de conciencia, la profunda fe que siempre había iluminado su corazón volvió a brillar y pudo balbucear: «¡Dios mío, ayúdame! ¡Ayúdame, por piedad!».

Durante mucho tiempo permaneció así, de rodillas, buscando desesperadamente contacto con las esferas más elevadas. Lentamente, el horrible ambiente que lo rodeaba se fue disipando y con dificultad consiguió llegar al baño, donde una ducha con agua fría le devolvió mejorías sustanciales a su cuerpo, porque su mente... esa, aún seguía perturbada.

Mirando a su alrededor, tuvo la impresión de estar en un ambiente que, a la vez, le resultaba familiar y extraño. Tomó la toalla de manera automática diciendo en voz alta: «no es mi toalla... y tampoco este es mi baño... ¿cómo llegue a parar aquí?»

Una angustia indescriptible volvió a abrumar el sistema emocional de Ernesto, que comenzó a llorar como un niño, reclamando la presencia de su madre, y así lo encontró su esposa al regresar a casa.

El psiquiatra, llamado apresuradamente, aplicó una fuerte dosis de

sedante y el sueño prolongado le trajo mejoras.

Al día siguiente, las ocupaciones y las preocupaciones del trabajo lo absorbieron bastante, pero al anocheecer, cuando regresó a casa, las cosas volvieron a complicarse.

Conducía tranquilamente por el carril rápido, recordando las ocupaciones y preocupaciones del día y, sin saber por qué, se sintió profundamente infeliz.

«*La vida no es nada agradable —pensaba—. Una persona nace, vive, trabaja, lucha, sufre, muere y todo eso, ¿con qué propósito? Mucho mejor debe ser la muerte, el descanso...*»

Se sintió tranquilo, ligero, sumamente ligero.

«*Sería muy bueno —continuó reflexionando— alcanzar ese descanso de una buena vez.*»

Esa idea fue creciendo rápidamente y ya se fijaba en su mente como una instrucción. Un camión que venía en el sentido contrario podría ser la solución. Todo lo que necesitaría sería un rápido giro a la izquierda, sin darle tiempo para desviarse y... un buen accidente le daría el deseado descanso y paz.

Aceleró lo más que pudo y en el momento justo comenzó el giro fatal. El camión encendía y apagaba sus faros, en señal de advertencia.

Esas luces encendiéndose y apagándose en el crepúsculo lograron, en una fracción de segundo, despertar su sentido de preservación y, rápidamente, giró el volante, desviándose.

Temblando de miedo, Ernesto prosiguió su camino. Ese estado de entumecimiento dio paso a un miedo incontrolable y durante el resto del camino condujo muy despacio, rezando todo el tiempo, hasta que llegó a salvo a su casa.

La noche fue una de las pesadillas dantescas, como había estado ocurriendo desde hace varios días y era necesario y urgente conseguir una solución.

Recorrió consultorios y clínicas sin resultados satisfactorios hasta que, finalmente, después de mucha terquedad consigo mismo, decidió aceptar el consejo de un viejo amigo y buscar un Centro Espiritista.

Allí, habló con el dirigente, explicándole su situación y entonces fue conducido a la imposición de manos. Posteriormente, asistió a una sesión para la eliminación de la obsesión, ya que su caso requería ser tratado con urgencia.

Se sintió emocionado. Cuántas personas habían dejado la comodidad de sus hogares o, quizás, algún programa de televisión agradable, para ayudarle. Es cierto que no estaban allí especialmente por él, sino para todos los que necesitaran ese tipo de ayuda.

Durante la imposición de manos sintió como si le retiraran algo pesado y desagradable, que no podía definir, de su cuerpo y mente, como si fueran grandes trozos de materia invisible, oscura y pegajosa.

Antes de dar inicio a la sesión, el dirigente le dio algunas explicaciones sobre los acosos espirituales, recomendándole mantener la serenidad y una actitud de perdón y de fraternidad.

Tan pronto como se dio inicio a las labores, un médium fue incorporado por un espíritu extremadamente

agresivo, que dijo haber sido encargado de llevar a Ernesto al suicidio. Se trataba de una venganza. A pesar de estar casado, hace unos meses se había involucrado con una mujer a la que le hizo numerosas promesas, ese tipo de promesas que se hacen en momentos de emoción o en medio de las ansias del deseo. Abandonada, llena de odio, asesorada por espíritus acostumbrados a hacer el mal, en sus desdoblamientos durante el sueño, les pedía un castigo.

No resultó nada fácil para Ernesto librarse de ese acoso. Tuvo que cambiar algunas actitudes, apegarse a la oración y cultivar nuevas ideas y valores que, poco a poco, fue asimilando en las reuniones de estudios doctrinales y del Evangelio, a las comenzó a asistir.

Ahora, sentirse plenamente lúcido le parecía lo más importante del mundo, y para su felicidad ya estaba aprendiendo a evitar nuevos ataques espirituales o, mejor dicho, a mantenerse inmune a ellos.

Capítulo 15

La frontera del tiempo

La joven médium barría la casa cuando reparó la presencia de un espíritu. Su apariencia era la de un hombre muy viejo que amablemente le invitaba a escribir.

La médium accedió y entonces ese hermano empezó a dictarle un mensaje, cargado de tanta emoción que daba a entender que él mismo era el protagonista, quizás de hace mucho tiempo.

«Vengo cansado de un largo de recorrido, con las marcas del tiempo en mi piel arrugada, las manos temblorosas y el mirar casi sin vida.

Es la frontera del tiempo, el umbral del otro lado; existencia que termina, otra que viene.

Es hora de meditar, mirar hacia atrás, a los pasos marcados en la arena del mundo, los gestos de amor y de adiós; el mirar sereno o alegre, la mano que recoge la bendición del Cielo y extiende las benevolencias de la vida a nuestros hermanos; contar las sonrisas que el gesto del amor iluminó, los puntos de luz que la palabra sabia dejó, como estrellas en el firmamento, como la evidencia más grande y eterna de nuestro Creador.

Pero, si así no fuera, si la voz destilara amargura, acidez, ironía; si la palabra estuviera carente de fe, vacía de amor; si el honor y la dignidad fueran tan solo utopías; y la honestidad una palabra falsa, ¿qué tan falsa hubiera sido mi vida?

Si las lágrimas ajenas empaparon mis pasos, pero mi alma no se estremeció, ni vibró con el deseo de ayudar; si la mano contraje avaramente, para no dar, manteniendo bienes que, al final de todo, nunca serán míos y, sobre todo, si apagué la luz de la fe que nacía en los corazones de mis hermanos, ¿qué puedo esperar más allá de la frontera, después que atraviese el umbral?

Si tan solo viví para mí; si sembré las flores de vida únicamente en mi jardín, ¿qué puedo tener allí, ahora que debo partir? ¿Habré merecido la paz de los justos o la aflicción del pecador?

Y después del umbral, cuando despierte en la otra dimensión, ¿habré merecido ser recibido por almas amigas, corazones fraternos, por seres de Luz, o seré atraído, arrastrado, al mundo de las tinieblas, debido a las tinieblas que habitan en mí?

Señor Eterno, ante el altar de la vida que se apaga, de la otra vida que ya vislumbro, me detengo suplicante y humilde a rogarte la bendición de la paz. No te pido vivir en las ciudades de la luz, si no lo merezco; si mi vida en la Tierra no tendió un puente para que ahora pueda llegar a ti. No te pido favores que tu justicia no pueda darme, pero te pido una bendición, ¡oh, Padre!, que tu corazón paternal no me negará: déjame permanecer aquí mismo en las cercanías de la Tierra, mundo oscuro y sin amor. Déjame intentarlo, más allá de la muerte, ahora que ya la vida se hace tarde... Déjame intentar una nueva conducta con más amor por mis hermanos, con más fe, más luz en el corazón.

Aunque deba sufrir, llorar de soledad, romper a cada instante la sombra espesa de la negación; que deba resistir a la tentación de caer o de huir a los compromisos que asuma. Déjame estar en un puesto de auxilio de los Mensajeros del Bien. Seré un fiel servidor, el más humilde de todos, pero también el más feliz, porque al final, después de tantos recorridos, terminé entendiendo y ya puedo elegir, acertadamente, mi camino.

Te entrego, Padre, mi vida, mi pasado de sombras... mi futuro de luz».

Capítulo 16

Padre ebrio

—Papá, mañana cumpla once años.

—Ya es tarde y la noche avanza, casi de madrugada y yo aquí, sin poder dormir. Vi la hora en que llegaste. Escuché la llave abriendo la puerta con dificultad, y luego tus pasos vacilantes arrastrándose por el pasillo, interrumpido, aquí y allá, por los lloriqueos incontenibles de un simple borracho.

—Escuché tu voz llamando a mi madre, e imaginé cómo estaría ella, acurrucada en las garras de la angustia... porque cuando bebes...

«¡Ay, mi Dios! es mejor no lo recuerdo».

—Pero, papá, cuando no bebes, eres el mejor hombre del mundo.

—Eres ese amigo bueno y fuerte, cuya mano me sujeta y me hace sentir tranquila, incluso ante las vicisitudes de la vida.

—Cuando no bebes y estás a mi lado, logras extraer de tu viril naturaleza delicadezas femeninas. Tu voz se hace tierna y blanda, tus dedos acarician por más tiempo y más suavemente mi cabello y en tus ojos noto reflejos de ternura, como los de la mirada de Jesús, y me siento muy feliz... mejor que estar en el Cielo, porque te tengo a ti, papá, tengo tu amor.

—Cuántas veces despierto en medio de la noche o, mejor dicho, despertaba de noche, sintiendo tu presencia en mi habitación, y entonces fingía que estaba durmiendo, porque con los ojos cerrados podía sentir mejor todo tu cariño, cuando me besabas ligeramente, deseándome buenas noches.

—¿Recuerdas la vez en la que me enfermé y tú y mamá hicieron turnos para cuidarme? Cuando la fiebre subía y sentía dolores y falta de aire, te veía, papá, arrodillado al lado de mi cama, rezándole a Jesús, pidiendo que me salvara. Así, de rodillas, yo te veía más pequeño, pero para mí, en esos momentos, papá, eras el más grande de todos los hombres.

—¿Por qué cambiaste, papá? ¿Por qué bebes tanto?

—Hoy por la noche, llegaste borracho, llamando a mamá, tuve miedo... miedo por ella, porque cuando bebes, papá, pierdes la noción de la realidad y no respetas a nadie... y yo sé muy bien como mamá sufre por eso.

—Cuando bebes, papá, no me gusta ni acercarme, y permanezco rezando, rogándole a

Dios que no permita que ninguno de mis amigos venga a visitarme a esa hora, porque sentiría vergüenza de presentarle a un amigo, un papá borracho.

—*Mis hermanos más pequeños aún son muy niños para notar algunas cosas, pero, aun así, ya Dezinho pregunta: —mamá, ¿papá llegará hoy borracho?*

—*Ayer cortaron el teléfono de la casa y mamá dijo que era porque la vida está muy difícil.*

—*Pero yo sé que esa no fue la razón. Nos cortaron el teléfono porque gastaste el dinero en bebida y fiestas, que antes no hacías.*

—*¡Ay, papá! No puedo dejar de analizar tu vida, nuestra vida. Pronto amanecerá y será el día de mi cumpleaños, y me pregunto: ¿por qué mi Dios? ¿Por qué hoy nuestra vida es tan infeliz?*

—*Papá, bebes y, en casa, todos sufrimos por eso. Por todo eso, papá, cuando empecé a escribir esta carta tenía la firme convicción de irme a cualquier lugar en donde no tuviera que escuchar tus pasos vacilantes, tu hipo de embriaguez y tus desagradables gritos y habladurías de borracho, pero a medida que iba escribiendo, también recordé tu lado bueno, cuando estás sobrio. Recordé todas esas cosas pequeñas y grandes que tanto amé, y todavía amo, de ti. Recordé tu semblante angustiado cuando estuve enferma y cuando te arrodillaste para rezar por mí. Y creí que lo mejor era también arrodillarme y rogarle a Dios por ti, papá... para que lograras recordar lo que fuiste y lo que significas para nosotros. Quizás con esos recuerdos, con la fuerza del bien que aún vive en tu alma y con la ayuda de Jesús, consigas abandonar esa adicción... esa terrible adicción que lleva consigo tanto desaliento, tanta destrucción.*

«*¡Oh! Jesús de Nazaret, ayuda a mi padre a dejar ese vicio, y también ayuda a mi madre, dándonos fuerza y paciencia, para que podamos ayudar a papá a vencer ese monstruo sin entrañas, que es la bebida... para que la vida vuelva a ser mejor, y mis hermanos puedan crecer en un hogar más feliz. Ayuda a mi padre, Jesús. Ayuda a todos los que sucumben ante la adicción».*

Capítulo 17

Dos niñas

Repentinamente, sin ningún aviso, aparecieron dos niñas en la vida de Suzana.

Ese imprevisto se produjo un día lluvioso, cuando el cielo lloraba de tristeza por ver tantos niños carentes de alimentos, atenciones y cuidados... carentes de amor.

Bajo la marquesina, media docena de seres pequeños y frágiles se acurrucaban alrededor de la mujer que no tenía medios para satisfacerles el hambre que, cuando no mata, deja una profunda marca.

Suzana sintió compasión y terminó llevándose a dos de ellos: Marta, de cinco años y Estela, de ocho.

Pese a todo, en su casa estarían mejor, pensó Suzana, mucho mejor que allí, en ese rincón de la calle, pidiendo limosnas. Además, podrían ayudarla con las labores domésticas, con las pequeñas tareas de la casa y después, cuando crecieran un poco más, serían domésticas o criadas a bajo costo.

Para aliviar su conciencia, completó la idea: «*A fin de cuentas, les voy a proveer un techo, alimentos, vestimentas... y también estudios... Bueno, eso de los estudios, lo veremos después. Porque por lo general*

este tipo de personas no tienen cabeza para estudiar y quizás sea mejor que ellas aprendan a encargarse de la casa, a cocinar y a cuidar al bebé».

¡Ah! El bebé de Suzana era el centro de su amor. Rosado, rubio, los cachetes colorados, la piel limpia y muy bien cuidada. Era un niño mimoso, saludable, risueño, un verdadero regalo del cielo.

Al inicio, tuvo que encargarse de las niñas: su higiene, los piojos, las heridas de sarna esparcidas por todo el cuerpo y las lombrices que les entumecían la barriga. Con el transcurso del tiempo y con algunas ropitas que recibieron de unos y otros, se hicieron más presentables y dignas de acercarse al bebé, que para entonces ya estaba dando sus primeros pasos.

Rápidamente, Marta y Estela aprendieron sus labores domésticas y las horas pasaban en el hogar con el eco de la voz de Suzana:

—*Marta, ¡lava estos platos!*

—*Estela, ¡ve a comprar pan!*

—*Marta, ¿cómo es posible? ¿Aún no has barrido el frente?*

—*Estela, ¡ya te dije que no quiero verte besando al bebé! Dios me libre... ¿qué sé yo si alguna de ellas está enferma?*

Cuando Suzana cargaba al bebé, desbordándose en mimos y caricias, los ojos de las dos niñas se nublaban y las lágrimas amenazan con brotar. A la hora de la telenovela, ambas se acercaban, poco a poco, como quien pide afecto o suplica un poco de atención, pero Suzana no se daba cuenta, no reparaba que ellas seguían estando carentes. Si bien ahora tenía un techo, comida y ropa, seguían siendo huérfanas sin hogar.

Suzana no era mala, tan solo vanidosa y con prejuicios, como casi todo el mundo.

Un día Marta amaneció enferma. La fiebre subía, casi hasta los 40 grados. ¡Se asustó mucho! Esa fiebre estaba muy alta. Corrió en búsqueda de medicamentos, compresas con alcohol, y permaneció junto a la pequeña, cuidándola, sintiendo por primera vez que esa niña de mirada triste había penetrado el fondo de su corazón, sin pedir permiso, y allí se había quedado, sin que se hubiera percatado de ello.

Los minutos pasaban sin que la fiebre cediera. Alisó sus cabellos resecos, un poco rizados, y recordó el cabello rubio de su hijo, lavados con champú especial. Las niñas no necesitaban champú, pensaba. ¿Para qué?

Súbitamente, la pequeña abrió los ojos enrojecidos por la fiebre y, con la mirada dirigida hacia un punto indeterminado, empezó a tararear suavemente, repitiendo siempre las mismas notas, las mismas palabras, inventadas al momento, producto de un corazón rebotante de amor. En el delirio febril, Marta tarareaba: —*«Madrecita del cielo, no llores... te amo en mi corazón... ¡oh! Madrecita, haznos algo de comida, tenemos hambre, madrecita, te amo en mi corazón...»*

Ese canturreo de la niña enferma llegó al alma de Suzana, como lava ardiente, y le pareció ver a María, madre de todos los niños huérfanos, mirando al cielo, con los ojos llenos de tristeza.

¡Fue demasiado! Olvidó los posibles piojos o enfermedades, y tomando a la niña, la abrazó, junto a su corazón, murmurándole: —*Hijita mía, por el amor de Dios, no cantes así. No sigas cantando con esa vocecilla tan triste que hiere*

mi alma y golpea mi consciencia. Perdóname, hijita, perdóname. Olvidé que tú y tu hermana necesitan tanto de comida como de amor y cuidados. ¿Me oyes, cariño? Desde ahora no haré ninguna distinción entre ustedes y mi hijo. Que la madrecita del cielo, que es su madre, perdone mi egoísmo e incomprensión.

En ese instante, sin que ninguna de ellas pudiera verlo, desde arriba cayeron en el ambiente pétalos de flores tenues y perfumadas, todas envueltas en una dulzura celestial.

Marta e Estela ya tenían un hogar.

Capítulo 18

El sufridor

Sufría... ¡Cómo sufría!

No podría decirse que era tan solo de dolor. Era más que eso, una agonía interminable, constante y eterna que latía en cada célula de su organismo, y que partía desde un foco central que iba de la boca al estómago. El sufrimiento era tan grande que no cabía en las dimensiones de su cuerpo y sentía como si su cuerpo, órgano a órgano, célula a célula, estuviera esparcido en un área incalculablemente grande, latiendo en accesos de interminable agonía.

La respiración se había hecho casi imposible, ya que las sustancias que ingería habían causado mucho daño, obstruyendo el paso del aire a los pulmones.

Le parecía que el diafragma se había vuelto jirones por el desesperado esfuerzo de la respiración y cada centímetro cúbico de aire que lograba respirar le producía una terrible tos, que le dañaba, aún más, su ya maltratada garganta.

Su cuerpo y alma se había convertido en una súplica punzante, un desesperado y desarticulado grito de dolor y pedido de ayuda.

¿Dónde estaba? No tenía la menor idea. Todo era tinieblas y silencio, como si el veneno le hubiera deteriorado también los órganos auditivos y visuales. La vida que existía en él se había interiorizado en dolor, angustia y aflicción.

A veces sentía algunos ligeros contactos del exterior, como si estuviera deambulando a la deriva, sin ver ni oír nada, tan solo el sufrimiento sobrehumano que lo martirizaba.

¿Por qué la muerte no venía para liberarlo de ese sufrimiento? O, ¿será que ya la muerte lo había llevado consigo para las desconocidas regiones del más allá?

Intentó recordar los últimos acontecimientos, preocupado con la posibilidad de haber muerto y a la vez no estar muerto, pero el simple esfuerzo mental parecía inyectarle lava volcánica en su cerebro. Desistió.

En medio de la más terrible tortura que algún ser vivo pudiera soportar imploró, desde el fondo de su alma, ayuda divina. Estaba tan sumergido en la súplica mental a Dios, que apenas pudo percibir dos brazos vigorosos tomando su cuerpo, llevándolo lejos. Fue colocado junto a alguien, que no podía distinguir si era hombre o mujer, pero... oh, ¡milagro divino! Los dolores penetrantes iban cediendo poco a poco, transformándose en un sufrimiento que ya casi podía soportar.

¿Cuánto tiempo había permanecido junto a ese ser desconocido? No lo sabía.

Al poco tiempo notó nuevamente su presencia. Las células de su cuerpo, parecían volverse firmes, con un contenido diferente y reparó que estaba sentado. Escuchó vagamente, a lo lejos, una voz llena de amor que rezaba el padrenuestro. Sintió como si vertieran bálsamo sobre todo su ser y poco a poco, el dolor iba desapareciendo, la respiración se hacía más fácil, y la tos era menos agresiva.

La voz que rezaba el padrenuestro ahora se dirigía a él, diciendo: «*Gracias a Dios, hermano mío, que ahora estás con nosotros. Sabemos el sufrimiento que atraviesas y queremos ayudarte. Presta atención a lo que voy a decirte: asesinaste tu cuerpo carnal, pero sigues vivo en la dimensión espiritual. Todo ese sufrimiento fue causado por ti mismo, al atentar contra la vida. Pero Dios es Padre. Él es misericordioso. Con toda sinceridad ruegale perdón y protección*».

El sufridor trató de pronunciar una palabra, pero le resultaba difícil hablar. El adoctrinador, reparando esa dificultad, le invitó:

—*Oremos juntos. Puedes hacerlo con el pensamiento.*

Inmediatamente, comenzó a orar:

—*Dios, Padre, Altísimo! Este también es tu hijo, y suplicamos para él tu misericordia. Recorrió los mismos caminos que hemos recorrido, pero el incumplimiento de tus leyes lo condujo por atajos hacia las oscuras regiones del dolor. Aquí estamos, Padre, rogando alivio para este hermano, para que pueda ser llevado a un hospital en el mundo espiritual, donde podrá regenerarse y una vez regenerado, iniciar una nueva caminata con más luz, paz, amor y comprensión de tus leyes. Que tu misericordia se haga presente por medio de tus mensajeros, nuestros benefactores espirituales, para conducir a este hermano. ¡Así sea!*

«*¡Oh, Divina misericordia!*»

Ahora sentía todo su cuerpo envuelto en vibraciones de bienestar, la respiración parecía normalizarse y ya casi no tosía.

¿Quiénes eran esos seres que lo habían liberado de las terribles tenazas del dolor?

Como si adivinara sus pensamientos, la misma voz prosiguió:

—*Ahora te encuentras entre amigos. Este es un centro espiritista donde nos congregamos para ayudar a los hermanos sufridores. Los amigos espirituales hicieron que colocaras junto a ese médium, que te proporcionó los fluidos necesarios para los primeros auxilios. Por su medio de él es que en estos momentos te estás comunicando con nosotros.*

Sintió una profunda gratitud por las personas que le habían ayudado. Aunque todavía estaba muy confundido su mente acabó registrando las palabras del adoctrinador, al informarle que estaba en un centro espiritista y que él era un espíritu manifestándose a través de un médium.

—*¡Qué horror!* —exclamó, continuando con dificultad—: *es decir que... ¿me convertí en demonio?... ¡Eso no!... ¡Por el amor de Dios!... ¡Eso no!*

—*Hermano,* —pidió el adoctrinador, prosiguiendo—: *Tan solo eres un espíritu sufridor... y estás en un centro espiritista, una casa de amor y fraternidad donde personas de buena voluntad se reúnen en nombre de Jesús para ayudar a quien sufre.*

—*Dios mío... ¿Cómo llegué aquí... a un centro espiritista?*

Los enfermeros espirituales procedieron a la imposición de manos,

adormeciéndolo y desconectándolo, cuidadosamente, del médium, para ser llevado a un hospital en el mundo espiritual. Mientras eso ocurría, los espíritus técnicos en mediumnidad le suministraron al medianero o intermediario los debidos auxilios a fin de retirar de su cuerpo los pesados fluidos que allí había dejado el sufridor, rehaciendo los flujos de energías vitales a través de los centros de fuerza y normalizando las funciones orgánicas.

Gracias a Dios y a la ayuda de los amigos espirituales, médiums y adoctrinadores, otro ser había sido liberado de las regiones del dolor y de los sufrimientos indescriptibles, aunque creyera estar en las manos y en la casa de Satanás.

Capítulo 19

Las terribles funciones del azar

A los diez años, Mariazinha era una jovencita muy astuta que, a pesar del inocente nombre no era *“de aquellas que donde va la una, va la otra”*. Profesaba un gran respeto por los adultos y, principalmente, hacia todos aquellos a quienes consideraba más sabios, como los profesores, los científicos y los estudiosos, de manera general, pero permanecía *“reflexionando”* sobre algunas cosas que hablaban, y de las conversaciones consigo misma, muchas veces surgían dudas terribles, como la que le ocupaba la mente esa tarde lluviosa de domingo.

Meciéndose en la hamaca, Mariazinha meditaba sobre el comentario del profesor con respecto a la tesis científica que afirmaba que el universo era producto del azar. También recordaba el enfoque bíblico de la creación de la Tierra y de los seres vivos.

En su cabeza infantil, la imagen, antes intocable del adulto, empezó a mostrar sus pies de barro. La Biblia era considerada el libro sagrado, la palabra de Dios, la fuente de todo el conocimiento y de la verdad, pero en el mundo profano, la verdad era la palabra de la ciencia con todo el peso de su honor.

Además, existían otras teorías, como la que había sido expuesta por un viejo amigo de la familia según la cual la creación de los mundos y la evolución de las especies era resultado de renacimientos sucesivos, es decir, reencarnaciones. Pero si todas las teorías existentes fueran puestas en uno de los platos de la balanza, sumándose además la de la génesis de la biblia y en el otro plato de la balanza se pusieran las aseveraciones científicas, efectivamente estas últimas se impondrían, por ser la expresión vivible y tangible de las cosas, de las investigaciones de laboratorio, el resultado de cálculos matemáticos y geométricos, lo palpable, lo irrefutable.

Con esas ideas dando vueltas en su cabeza, la joven se quedó dormida y, como si fuera por arte de magia, se encontró a sí misma en un tiempo muy anterior a la prehistoria, un tiempo perdido en los confines del tiempo, en un planeta llamado Hipotalus. En ese lugar, la civilización había alcanzado elevadas manifestaciones de grandiosidad en el conocimiento científico, la tecnología y en todas las esferas de las actividades humanas. La religión existía como un elemento generador de ética en la vida de los seres, de

adoración al Soberano Señor de la Vida, pero no tenía nombre.

Todos se amaban y vivían de manera fraternal. No existía deuda externa, paquetes económicos, corrupción, violencia, ni desempleo. Los políticos se dedicaban a velar por los intereses de las naciones y de sus pueblos. Tampoco había pobres ni ricos y todos vivían del producto de sus propios esfuerzos y capacidades. Hombres y mujeres eran monógamos y nunca abandonaban a sus familias.

En Hipotalus, las artes habían alcanzado sus más hermosas y elevadas manifestaciones, como quedó demostrado en la muestra que marcó el inicio del Congreso Mundial de las Artes de la ciudad de Rénora, con un Panel Gigantesco proyectado en una nube artificial por medio del rayo Ly. En ese panel se mostraba la creación del universo físico a partir de una explosión cósmica producida por la transformación de la energía en materia.

Superpuesto al panel, envolviéndolo, había una representación de la mente divina, en la forma en la que el pensamiento humano podía entenderla. Esa representación mostraba algo de los mecanismos siderales, dando una idea del universo, como si se tratara de un planetario tetradimensional, con todo esquematizado, hasta en sus más mínimos detalles, las leyes cósmicas dirigiendo y presidiendo todos los movimientos siderales, los fenómenos de la vida y las transformaciones.

Nunca se había visto nada similar en Hipotalus. El panel, lo último en tecnología, estaba dotado de movimiento, color y sonido. Poseía una extraña luminosidad que mostraba los altibajos del progreso espiritual y material de todas las cosas y seres. No faltaba ningún detalle y todas las etapas de la creación y la evolución aparecían ante los ojos atónitos de los visitantes.

Observarlo, equivalía a volver a las raíces de todo y seguir el desarrollo de la materia y la vida a través de los reinos de la naturaleza, bendecidos por el amor y, avivados y manejados por la sabiduría del Creador.

De todas las regiones llegaban al Congreso más y más caravanas, particularmente para apreciar esa magnífica obra de arte e inteligencia.

Mientras tanto, en la ciudad de Kido se celebraba otro importante evento, el Congreso de las Ciencias de la Evolución, que reunía a los más distinguidos científicos de la época. Sin embargo, parece que el éxito del panel había herido algunas susceptibilidades, ya que en aquel planeta no se conocía la envidia, y esto llevó a algunos científicos, encabezados por el Dr. Alcott, a elaborar una nueva tesis que afirmaba que el universo era obra del azar. Dios ya no era su creador. Con esto, la idea fundamental del panel quedaría destruida, anulada.

Al final de este Congreso, después de muchos discursos y debates, la tesis del azar como causa primaria de todas las cosas fue aceptada por la mayoría de los congresistas, adquiriendo "*status*" de verdad científica.

Los periódicos informaron con gran revuelo y los canales de televisión cedieron espacios para que los científicos hablaran de su *descubrimiento*, que inmediatamente ganó un nombre: «*El fin de la ignorancia y del misticismo*».

Los ánimos se exaltaron en todas las naciones de Hipotalus, las

discusiones se hicieron frecuentes en las calles y la desarmonía se generalizó debido al golpe mortal que había dado el "azar" en la cabeza de la Fe.

Nadie entendía nada ni sabía a quién creer: si en la tradición religiosa o en la ciencia.

Alguien, más exaltado, lanzó una bomba al equipo que dirigía el panel y éste empezó a funcionar a la inversa. Los científicos se alegraron mucho y ofrecieron un premio al terrorista de la bomba que vino, en cierto modo, a demostrar la *«falibilidad, pobreza y absurdidad del concepto místico sobre Dios, creado, sin lugar a dudas, en las mentes ignorantes de los nativos temerosos de los fenómenos naturales»*.

En ese momento, las tesis científicas de Hipotalus se habían impuesto sobre las ideas "retrogradadas" de un Creador, como causa primaria del todo, inteligencia soberana, perfección, belleza, amor, etc., y tal fue la fuerza del pensamiento de la gente en torno al "azar", que logró dominar el patio trasero de la casa del Dr. Alcott, donde el doctor, en las mañanas soleadas, le gustaba cuidar la tierra plantando algunas lechugas, pimientos y rábanos. Pero el Azar (por entonces ya había recibido letras mayúsculas) decidió abrir un diccionario para conocer su propio significado y así poder definir sus propiedades y funciones. Allí encontró la siguiente definición "*Azar. s. m. Conjunto de pequeñas causas independientes entre sí, que dependen de leyes ignoradas o poco conocidas y que determinan cualquier acontecimiento*".

—¡Caramba! Esto es sumamente confuso —reclamó—. ¿Cómo es que voy a trabajar en ese patio si no sé qué hacer?

Entretanto, sin la coordinación y tutela de las leyes naturales generadas y mantenidas por la Mente Divina, la lechuga comenzó a crecer al azar, pasó a otras condiciones y estados, acabando por convertirse en un gigantesco lago de agua dulce y salada. El pimiento creció hasta alcanzar una altura de 1.650 metros. Se asustó debido a una nube que pasó y se encogió tanto que terminó del tamaño de una naranja, aunque su peso era de 63 toneladas. Ese peso en un volumen tan pequeño comenzó a hundirse y, al poco tiempo, por el agujero formado comenzó a subir tanto humo caliente que alteró la temperatura de la región. El rábano se convirtió en maíz para palomitas y creció tanto que su copa llegó a la ionosfera y allí, en ese ambiente ionizado produjo millones de espigas, cuyos granos gigantesos cayeron sobre la tierra. La alta temperatura, además, horneó los granos, haciéndolos explotar.

El Azar se inquietó. ¿Qué hacer? Habían puesto en sus inexistentes manos responsabilidades vitales. Corrió a la Biblioteca Pública, decidido a encontrar en los libros alguna ley natural que pudiera detener el desencadenamiento de ese terrible caos causado por él, pero, el primer libro que tocó se deshizo, porque las moléculas que formaban ese volumen se dispersaron, rompiendo la ley natural que las mantenía cohesionadas.

Fue una situación completamente nueva e inesperada. El Azar, ahora con responsabilidades divinas, no tenía la menor idea de cómo resolver tantos y tan graves problemas. Se había acostumbrado a hacerse notar dentro de una organización perfecta, gobernada por leyes naturales, y ahora ya no podía reconocerse, ni ocupar la nueva posición.

Decidió recurrir a Dios. Tal vez Él podría escucharle y poner las cosas en su debido lugar. Se arrodilló e intentó orar. No obstante, el pensamiento no le transmitía al azar lo que debía decir. Desistió de la oración para intentar otras soluciones.

Al mismo tiempo, la confusión se estableció en Hipotalus y todo se convirtió en un caos, ya que la ciencia había decretado la inexistencia de un Ser Superior, responsable de los mecanismos cósmicos y encargado de mantener las leyes naturales.

Los científicos, sumamente preocupados por ese terrible caos, decidieron revisar el tema y celebrar un nuevo Congreso, en el cual se devolvería al Creador sus antiguas prerrogativas y funciones, con la esperanza de que Él los perdonara y restaurara todo.

Pero el tristemente célebre azar, sin leyes que lo controlaran, decidió actuar por su cuenta. Comenzó a caminar y en la primera esquina encontró el depósito de las vanidades humanas y entró, impregnándose de ellas. Salió, inflado e hinchado, decidido a continuar gobernando todos los acontecimientos. Rozó las cabezas de los científicos con la punta de sus dedos y sus cerebros se desconectaron de los controles mentales. Muy pronto, las neuronas, al no tener esos controles, decidieron tomar unas vacaciones y descansar.

La población se encontraba aterrizada. La acción del Azar ya no se limitaba al patio trasero del Dr. Alcott, ni a la ciudad donde vivía. Deambulaba por todo el planeta, y por donde iba pasando, dejaba sus huellas. Entonces, los gobernantes decidieron apelar a Dios, como siempre habían hecho en momentos de pesar. Convocaron a los canales de televisión y a las emisoras de radio para iniciar una cadena de oración en todo el mundo, pero debido a que, para entonces, todos los acontecimientos en Hipotalus estaban determinados por el Azar, este no se presentó para dirigir los equipos y los mismos no funcionaron.

En medio de la angustia, el alto mando del planeta envió mensajeros a todos los gobiernos, ordenando la convocatoria general de la población para actos de fe, pero los aviones no despegaron, los coches no funcionaron, los faxes se detuvieron y los teléfonos no daban, ni siquiera, el tono de ocupado.

Mientras tanto, el elefante del zoológico, desgobernado por el Azar, creció tanto que su cabeza alcanzó los 12.000 metros de altura y la trompa daba una vuelta al planeta. Su respiración originaba terribles tempestades y cada pisada generaba terremotos. En dos horas había bebido toda el agua potable de Hipotalus, secando ríos, fuentes y lagos.

Los más débiles morían de sed, mientras los más fuertes agonizaban.

Las gigantescas palomitas de maíz seguían cayendo y explotando. El sufrimiento en todos los reinos de la naturaleza era terrible y los seres humanos rezaban sin cesar, rogando a Dios por ayuda. Sus oraciones vibraron con tal intensidad en las extensiones cósmicas que resonaron en el Alma Divina. Entonces, el Ser Supremo, compadecido por tales sufrimientos, emitió, a través del fluido cósmico, una orden dirigida a Hipotalus.

En ese mismo momento, dos gigantescas palomitas de maíz cayeron sobre una mina de uranio, causando

una reacción en cadena e... Hipotalus explotó, desintegrándose.

El Azar, aterrorizado por sus acciones, quedó tan traumatizado que tardaría algunos miles de millones de años en recuperarse.

Con la explosión, Mariazinha se sintió esparcida por el espacio, distribuida a lo largo de la órbita de ese planeta. Intentaba pensar, pero era en vano, porque así esparcida, como se encontraba, sus neuronas no lograban establecer las conexiones requeridas para que el pensamiento pudiera formarse.

Lloró amargamente, desesperadamente, pidiendo ayuda, y notó que una ligera corriente de emociones se estaba formando a lo largo de la órbita del antiguo Hipotalus. Poco a poco, los fragmentos de ideas, sensaciones y sentimientos se fueron reagrupando, tomando forma e individualidad, movidos y atraídos por una fuerza que identificó como el amor. Entendió que esa fuerza poderosa e inteligente era Dios, y en esa amarga situación se sintió en el regazo del Creador, consolada por su afecto y acariciada por Su afecto.

Fue un momento inefable en el que Mariazinha pudo abrazar el Infinito y percibir cómo todas las cosas ocupaban su debido lugar. Las piedras encajaron entre sí y el mosaico cósmico resplandeció ante su absorta mirada. La vida se detuvo y el tiempo se hizo eterno en ese instante en que la niña posó su frente sobre el firmamento y deslizó sus dedos a través de los contornos cósmicos, como un artista admirando la obra del Genio.

Fue entonces cuando escuchó, vibrando en todas las galaxias, la voz del Señor Supremo, diciendo: *«Atención, Ingenieros Siderales, responsables del planeta Hipotalus, que fue desintegrado. Formen equipos para planificar y crear un nuevo planeta, que será formado con los elementos dispersos del anterior. Se llamará Tierra, y deberá estar localizado en la misma órbita y recibir los mismos principios espirituales que animaron la vida en Hipotalus. Conecten sus mentes a la mía, para que les transmita todos los detalles del nuevo modelo, así como la fuerza que deberá moldearlo y sostener su evolución...»*

Mariazinha no pudo escuchar al resto de la orden divina porque estaba despertando, profundamente preocupada por la insensatez de muchos “sabios” que, por orgullo, no quieren admitir la existencia de una Inteligencia Superior, que es la causa primaria de todas las cosas.

Capítulo 20

Los caminos de cosmos

“Entre cielo y tierra hay muchas más cosas que nuestra vana filosofía pueda imaginar”.

Cícero despertó a las 2:30 de la madrugada sintiendo una plenitud de paz en su cuerpo y mente. Una alegría misteriosa desbordaba su alma y, súbitamente, entendió que esas sensaciones eran transmitidas por un espíritu amigo, cuya presencia, casi palpable, podía sentir con increíble nitidez.

Mentalmente agradeció, diciendo: *«Gracias, amigo mío, por tu presencia llena de paz».*

Reparó que a través de su propio pensamiento era respondido, solo que la voz mental no era la suya, ni el acento era el suyo. Esa voz surgía, filtrándose a través de su mente,

diciendo «*Que la paz siempre esté en tu corazón*».

Con los ojos cerrados, temiendo perder la percepción de esta presencia, sintió un suave roce en su mano, un contacto extra físico, mientras la voz le decía —*Vengo a buscarte para dar un paseo. Relaja bien tu cuerpo y respira profundamente varias veces, ordénate a ti mismo relajarte. No pienses en más nada... nada...*

Cícero obedeció.

Empezó a sentirse pesado, como si se estuviera hundiendo en el colchón, y luego notó que estaba saliendo de su cuerpo.

«*¿Me estaré volviendo loco?*» —se preguntó a sí mismo— «*¿O estaré soñando?*»

No, no era un sueño, ya que recordaba haberse despertado con el cantar de un gallo y haber visto el reloj. Trató de analizar la situación y sus propias sensaciones. Sentía que estaba en dos lugares al mismo tiempo: en el cuerpo físico, rígido y casi nulo, y en un cuerpo distinto, más leve, pero que a la vez era su cuerpo, flotando tranquilamente, sin entender dónde.

Una sensación de libertad, como nunca antes había sentido le hizo tener deseos de salir de allí, recorrer espacios, conocer lo desconocido.

Notó que se movía. Abrió los ojos y vio que estaba al aire libre, recorriendo un camino con una suave inclinación ascendente. Sabía que se encontraba en otra dimensión de la vida y se sentía a gusto, como si realmente se encontrara en su verdadero “*hábitat*”. Todo le parecía tan real y palpable en esa condición, como si se tratara del mundo físico, cuando se encontraba en el cuerpo de materia densa.

Algunos meses atrás había empezado a leer obras espiritistas y comenzó a frecuentar un Centro, con ansias de respuestas que recibía constantemente, aclarando de esta manera algunas preguntas pendientes sobre religión, preguntas esas que llevaba dentro del corazón desde su niñez.

Pero aún no había logrado asimilar plenamente la idea de la existencia de mundos o dimensiones espirituales, invisibles e imperceptibles para los encarnados, que tenían manifestaciones de vida muy similares a las de la Tierra.

Al ver a las personas que cruzaban su camino, no notó mayores diferencias entre ellas y los encarnados.

El espíritu que lo acompañaba no era visible, pero podía sentir intensamente su presencia. Tomó un camino lateral, más solitario, que lo condujo a lo alto de una pequeña colina. ¡Qué maravilla! El paisaje era indescriptible. La luna destellaba rayos de luz plateada sobre un lago rodeado de edificaciones imponentes y jardines floridos. Aunque siempre había sido un amante de la naturaleza, ahora su capacidad de percepción iba más lejos. Ingresaba en un mundo desconocido, increíblemente hermoso y maravilloso.

Trató de registrar cada detalle, pero esto le resultaba casi imposible. Sus archivos mentales eran muy pobres y sentía que el cerebro físico, al cual se encontraba conectado, funcionaba como un velo o un amortiguador que le impedía penetrar más profundamente en la percepción de todo a su alrededor.

Caminó un poco más, observando más de cerca un pequeño arbusto carente de hojas que, desde el inicio, había llamado su atención. Los gajos, bifurcándose, terminaban en puntas más

finas y luminosas, como si se trataran de finísimos tubos de neón plateado.

En ese maravilloso lugar, libre del cuerpo físico, podía comprender sin la menor dificultad la existencia de las dimensiones espirituales, en sistemas o capas inaccesibles a la percepción de la mayoría de las personas reencarnadas.

Se sentía muy feliz, porque sus dudas, a pesar de los libros que había leído, le pesaban mucho y el miedo a lo desconocido, además de la muerte, le incomodaba mucho.

Es cierto que desde niño había creído en la inmortalidad, pero de una forma perturbadora. «*Si el alma es inmortal, ¿cómo queda después de la muerte?*» — pensaba en sus devaneos infantiles—. «*Siendo invisible, ¿sería algo indefinido, sin vida propia, sin sensaciones, vagando a la suerte de las corrientes cósmicas, por toda la eternidad? Y ¿qué sería de todo el inmenso acervo de conocimientos adquiridos o experiencias vividas en el cuerpo físico, así como de los sentimientos y emociones? ¿Acaso, quedarían anulados o permanecerían en algún sitio a la espera de qué? ¿Es tan solo un soplo invisible en los caminos de la eternidad...? ¡Que perspectiva tan terrible!*»

Con respecto al infierno o al cielo, en la forma en que le habían explicado estos asuntos... simplemente, no creía.

Como si de repente lo incomprendible se hubiera vuelto comprensible, reparó que ya podía entenderlo. Solo podía ser de esa forma: el alma habitando el cuerpo físico por un periodo de tiempo determinado, volviendo, a través de la muerte, a esa dimensión desconocida en que al ahora se encontraba, pero con todas las condiciones conocidas en la Tierra y potras muchas, viviendo allí una vida útil y práctica, siempre adquiriendo nuevos conocimientos, virtudes y experiencias, volviendo a la Tierra para realizar nuevas pasantías de aprendizaje y crecimiento interno, ajustándose, de esta manera, a las leyes que rigen la vida cósmica.

Estaba tan emocionado que apenas advirtió su regreso al cuerpo, con la ayuda de su espíritu amigo. Abrió sus ojos en medio del silencio de la madrugada. Se levantó, tomó su bolígrafo, y escribió rápidamente un breve relato de la experiencia que había vivido y cuyo recuerdo se desvanecía de su mente a una increíble velocidad. Comprendido que el retorno al cuerpo físico, en la dimensión material, no le permitía un recuerdo nítido y completo de todo lo que había observado.

- - 0 - -

La semana siguiente, Cícero regresaba a su hogar después de un extenuante día de trabajo.

Llovía torrencialmente.

Las luces de los vehículos que venían en dirección contraria le dificultaban la visibilidad. El tráfico lento y difícil era molesto, pero en vez de decir unas palabrotas como era su costumbre, se río. Sintió una satisfacción inexplicable, como si sus emociones fluyeran bajo la luz de los ángeles y el pensamiento buscara algo, mucho más lejano.

Ya en casa, soportó con paciencia la agresividad e interminables quejas de su esposa.

En la madrugada silenciosa, se despertó con un gran deseo de pasear una vez más por el mundo espiritual. Hizo los ejercicios de respiración y

relajación que le habían recomendado la última vez y pronto se desprendió de su cuerpo físico, sintiéndose liviano y feliz.

Buscó la presencia de su espíritu amigo, pero no sintió nada.

Tuvo ganas de salir de allí y al poco tiempo se encontraba caminando por un camino iluminado por la luna. Un poco más adelante, dos figuras le llamaron la atención. Se apresuró a alcanzarlos y estuvo a punto de gritar por lo extraño de la escena.

Eran dos hombres tan parecidos, que pensó que eran gemelos. Ambos, altos y delgados, caminaban descalzos. El primero estaba vestido con ropas ligeras, llevando a la espalda un gran saco rosado, pintado con flores de varios matices. Su paso era ligero y su fisonomía irradiaba paz. Mientras marcaba el ritmo de los pasos, silbaba alegremente.

El otro estaba vestido de negro, con aspecto muy angustiado. En su espalda llevaba una cruz tejida con plumas negras. Gemía suavemente y de vez en cuando una lágrima corría por su cara curtida. Sus pasos eran lentos e inestables, y podría decirse que no caminaba, sino que se arrastraba.

Cícero se tomó unos momentos para observar la inusual escena y continuó su camino meditando sobre la rareza de lo que había visto.

Momentos después, atravesaba los gigantescos portones azules de una ciudad maravillosa. Allí, todo era luz, sonido, perfume y color, conjugados con armonía, formando ambientes de extrema belleza y perfección.

Se dirigió a una pequeña plaza, donde las flores y las hojas vibraban con tal intensidad que emitían sonidos con indescriptible armonía.

Una suave brisa rozó su frente con una vibración familiar, haciéndole reconocer, con alegría, la presencia del espíritu amigo que le había acompañado en su primer viaje como cuerpo espiritual.

—*Entonces, hijo mío, ¿cómo estás?*

—*Estoy muy bien, gracias a Dios. Pero no puedo verle.*

—*Dentro de poco, podrás verme...*

Mudo de admiración, Cícero observó una pequeña nube azulada, con radiaciones doradas, formándose delante de él, y convirtiéndose rápidamente en un anciano de porte majestuoso y expresión risueña.

—*Bueno, hijo mío. Creo que ya podemos conversar.*

Cícero seguía sin palabras ante la belleza y la expresión de paz de ese espíritu. Sin saber qué decir, preguntó:

—*¿Cómo debería llamarle?*

—*Puedes llamarme papá. Ya lo fui en algunas de nuestras encarnaciones.*

Ambos comenzaron a caminar admirando la belleza de la plaza.

—*¡Ah! ¡Todo esto es tan maravilloso!* —exclamó Cícero—. *Si tuviera que describir lo que veo y siento, no encontraría palabras. Si todos pudieran vivir un momento como este, creo que la vida en la Tierra cambiaría.*

—*Hijo mío, en primer lugar, para llegar a una región como esta, que apenas es un plano intermedio, es necesario elevar mucho el propio tenor vibratorio. En la Tierra, pocos se preocupan con la evolución. Incluso, tú mismo, hasta hace poco únicamente te preocupabas de los hechos materiales.*

—Es cierto... Dormía el sueño letárgico de la materia. Pero... padre... te pido que me expliques el significado de algo muy extraño que acabo de presenciar.

—Sé a lo que te refieres. Estás pensando en los hombres que viste. Ellos simbolizan la humanidad en general.

—¿Podría explicarlo mejor?

—Has notado que en la Tierra cada uno carga sus respectivas penas, ¿verdad? Bueno, muchas personas que no aceptan los designios superiores, terminan construyendo sus propias cruces con las penas que arrastran consigo durante toda su vida. Para ese tipo de personas el sol no brilla ni calienta, y las flores no tienen perfume ni color. Se arrastran bajo estos pesos encontrando cierta satisfacción en la piedad que despiertan en los demás y en sí mismos.

—¿Qué es lo que quiere decir?

—¿Nunca has reparado en lo que sucede cuando dos personas como esas se encuentran? Después de los saludos habituales, siempre viene la pregunta habitual: ¿qué hay de nuevo? o ¿cómo estás? La respuesta, casi siempre, es más o menos así: «Pues... Voy como Dios quiere... Imagina que...». A partir de allí lo que se escucha es un rosario de quejas y lamentos, cada uno buscando superar al otro en volumen e intensidad de problemas y sufrimientos. Por supuesto que hay mucha gente que lleva cruces muy pesadas y difíciles, pero estas personas suelen ser las que menos se quejan.

—¿Qué hay del otro hombre, el que llevaba un saco pintado con flores?

—Él simboliza la gente con sentido común, criaturas maduras que no necesitan llamar la atención de los demás para llenar su vacío. No necesitan la misericordia de los demás ni tampoco la suya propia. Así que envuelven sus penas en un saco de colores alegres, se visten con los tonos claros del optimismo y de la confianza, y caminan cantando... o silbando. Su carga se vuelve realmente más ligera porque este tipo de vibraciones atraen fuerzas similares que les ayudan en el esfuerzo del camino. Son personas que no desperdician energías en lamentos y quejas innecesarias.

Se detuvieron algunos instantes, para admirar una pequeña cascada de aguas cristalinas. Después de algunos momentos de silencio, el anciano continuó:

—Las personas de las que hablo buscan con inteligencia valorar las cosas positivas de la vida e ignorar o a no hacer caso a las cosas negativas cuando no pueden transformarlas en positivas. Son criaturas que, por la ley de los semejantes, atraen lo bueno, lo bello y lo agradable. Como sus ojos no están vendados por el velo negro de la autocompasión, pueden percibir las bellezas que les rodean, viendo la vida con otros ojos.

—Es increíble como nunca había pensado en eso. Usted tiene mil explicaciones.

—La evolución espiritual del ser en la eternidad puede ser retratada en la evolución de esa criatura durante su encarnación en la materia. Cuando es niño, siempre necesita llamar la atención de los demás. Algunos pueden hacerlo debido a los dones naturales que poseen. Los demás tratan de lograrlo a través de diversas maneras: llorando, inventando enfermedades, volviéndose agresivos y malos, dejando de alimentarse, etc. Del mismo modo, el espíritu humano, cuando aún se encuentra en la fase primaria de su evolución, también necesita llamar la atención de los demás. Muchos lo logran por las cualidades que poseen o mediante un inusual esfuerzo, pero otros buscan lograrlo a través de innumerables recursos, como el lamento, la agresividad y muchas otras actitudes y acciones negativas. A medida que maduran un poco más, a nivel espiritual, comienzan a vivir en un plano superior de comprensión desde el cual observan la vida con una perspectiva más extensa. Como resultado

de esta madurez, también su amor crece más. Me refiero, por supuesto, al amor cósmico, que los llena de otros valores en su viaje evolutivo.

Cícero se mantuvo en silencio, meditando sobre esas explicaciones. Cuando trató de dirigirse al viejo para hacer un comentario, se dio cuenta de que ya había regresado al cuerpo carnal.

Pero esas explicaciones y las magníficas impresiones de ese paseo por el mundo espiritual, duraron varios días en su mente y en sus emociones.

Capítulo 21

Mujer-madre

Durante la maternidad, todas las mujeres adoptan rasgos grandiosos: blancas y negras, cultas e ignorantes, ricas y pobres. Sin embargo, las más pobres se vuelven aún más grandes porque la vida suele pedirles sacrificios más intensos, y sufrimientos y penas más amargas.

La madre rica ve a su bebé, un pedazo de su corazón, en una suntuosa habitación únicamente para él y con todo lo necesario y hasta superfluo para un mejor cuidado, más pleno y completo. Una hermosa cuna, un ajuar en el armario, mucha ropa, un pediatra atento, la leche adecuada, una niñera cuidadosa, una enfermera eficiente.

La madre pobre espera la llegada de su hijo con el alma angustiada. En una pequeña caja en un rincón de la casucha algunas camisas, telas y pañales son todo su ajuar. El primer lecho es una vieja hamaca y en algún rincón, entre un camino de hormigas, el biberón y el jabón. Si la leche de la madre no fuera suficiente, el bebé tendrá que tomar papillas con agua.

El hijito rico ya nace lindo, bien cuidado... "hijo de blanco" como dice la gente. El niño pobre parece nacer triste, deprimido, raquítico con la existencia que la Vida le dio.

Sin embargo, ambos crecen como el mayor milagro de la naturaleza. El primero, con todo el confort, cuidado y atención. El segundo, en la casucha demasiado fría o caliente, entre hormigas, piojos y cucarachas, pero, a pesar de todo, ambos dan pronto sus primeros pasos, balbuceando de vez en cuando, sin saber cómo decirlo, pero a la vez diciendo: mamá...

Pequeña boquita, de hablar inseguro, con la más dulce de las palabras: mamá.

De repente, la casucha se vuelve más fea, el sol oscurece, la nube esconde el azul del cielo... el marido se ha marchado.

Vivía quejándose, reclamando por todo, por la vida difícil, por los numerosos niños, cada año uno más... Y la mirada furtiva, glotona, ardiente, siguiendo los gestos, vigilando los pasos de la joven de la casa de la esquina, que ya se estaba convirtiendo en mujer.

El cielo se oscureció, y la vida también. ¿Cómo sería de ahora en adelante? No tenía a quién recurrir. La ropa que lavaba era poca y no le permitía mantener a tantos hijos. Buscó un trabajo, pero el ingreso era pequeño y tenía que pagarle a su vecina para cuidar a los niños... No alcanzaba.

Llegaba el día, llegaba la noche, los niños llorando, las barrigas vacías... No hallaba otra manera. Muy temprano en

la mañana tomó a sus hijos y se fue al centro. Encontró un rincón más protegido y se quedó allí... con la mirada vacía, la mano extendida, la vergüenza quemándole la cara. Quería rendirse y en ese momento de tanta desdicha pensó en volver a la casucha y en la oscuridad de la noche acabar con esas vidas, tristes vidas, con todas ellas, incluyendo la suya.

Lo pensó un poco más, pero no tuvo el coraje. Esos rostros flacos, piernas sarnosas, barrigas hinchadas, bocas vacías que decían «mamá» eran trozos de su alma.

No tuvo valor... ¿Quién sabe? Un poco más de paciencia, esperanza. Nuestra Señora, madre de todas las madres, tal vez le haría un milagro.

Una pareja se detuvo. Una de esas que tienen en casa una cuna, cortinas, una linda canastilla, un biberón de leche, un pediatra, una niñera.

Miraron con lástima. El bebé llorando, con la barriga vacía, con ojeras oscuras.

Lo tomaron su regazo con mucho cuidado. La mirada de la generosa mujer casi lloraba de emoción. Miró a su marido con una petición silenciosa y él aceptó. Querían el bebé.

La madre se sintió confundida. ¿Pero cómo? ¿Llevarse a mi hijo, ese pequeño ser que es un pedazo de mí? Pídanme mi cuerpo, destrócenme, córtenme los brazos, pero no se lleven a mi hijo.

Calla y piensa... piensa un poco más; sería lo mejor para él. Ella no tendría más a su bebé, pero su amado hijo tendría un verdadero hogar, mucha comida, afecto, educación...

Deja de pensar... no hay espacio... el dolor ocupa todo.

Vuelve a ver esa carita flaca, las manitas sucias, los deditos bien hechos.

Lo aprieta contra su pecho, besa sus ojos, sus mejillas, sus pequeños deditos. Coge el biberón, el chupete... lo pone en unos brazos que no son los tuyos. Baja la cabeza... no quiere mirar, no podría soportarlo.

Los pasos se pierden a lo lejos y ella, dividida, ya no es ni siquiera una mujer. Es simplemente una madre.

Capítulo 22

En una sala de AA

La noche estaba avanzada y la madrugada ya estaba a la vuelta de la esquina, uniéndose con el cantar de los gallos.

Las estrellas destellaban su código particular, indiferentes al drama del borracho en el solitario caserón.

De vez en cuando gritaba para escuchar su propia voz, cuando el silencio se la hacía demasiado pesado.

La mente se extraviaba entre exóticos sueños sin principio ni fin, que se rompían o cambiaban de rumbo, según el gusto de la voluntad o de los bloqueos generados por el alcohol.

No tenía a nadie con quien hablar. Su mujer lo había abandonado porque no podía soportar más su adicción. Ya había llamado a todos sus amigos y conocidos en charlas que sólo la paciencia amistosa podía tolerar. Fue a la puerta, abriéndola. El frío de la noche rozó agradablemente su rostro y

reanudó, por milésima vez, el recorrido por la casa, bajo el acogedor techo del pórtico que la rodeaba. Una, dos, tres vueltas. Contó hasta 32... perdió la cuenta.

Cansado, regresó a su habitación. Se sentó en el borde de la cama y se quedó mirando la noche a través de la ventana. No quería pensar en "ella", en lo que había perdido...

Maldito alcohol. Era el culpable de todas sus desgracias. Aquel líquido claro que parecía tan inocente, como el agua, era más fuerte que nada. Era más fuerte que su propia vida; más fuerte que su amor, aunque sentía ese amor palpitando en su alma, dominando su ser, célula por célula.

Miró el vaso. El aguardiente maldito se movía al ritmo de su mano con fuerza hipnótica, atracción abismal.

Lo acercó a sus labios resecaos. No quería beber más, pero... lo necesitaba. Su cuerpo y su mente necesitaban esa dosis; toda su voluntad gritaba por ella con un poder mayor que nada, mayor que la propia razón. Bebió con sufrimiento, sintiendo el golpe del alcohol en su boca, en su garganta, en su estómago, en su cuerpo, en su mente, bloqueando su consciencia.

Llenó otro vaso y lo bebió de un solo trago. Necesitaba ahogar esa voz interior que le pedía sobriedad en nombre de la dignidad humana. Estaba enfadado. La dignidad no tiene nada que ver con eso. Bebió otra vez queriendo sofocar su conciencia, los conceptos comunes, y terminó penetrando en ese universo propio, donde solamente él era el dueño de la verdad.

Marcó a un amigo.

—*¡Hola! Marcos... ¿eres tú? Imagina que acabo de crear la teoría de conceptos y contra conceptos en la historia de la sociedad...*

—*¡Vaya! Al diablo con tus conceptos... ¿Sabes qué hora es?*

Colgó molesto.

—*Qué tipo tan grosero es ese tal Marcos* —balbuceó con la lengua embotada.

—*A decir verdad, toda la humanidad es así - continuó en su monólogo. - ¿Quién cree que soy yo? ¿En qué estaría pensando? ¿Que soy un don nadie, para tratarme así?*

Acto seguido, tomó la botella reventándola contra el armario, sin preocuparse por el fragmento de vidrio que le cortó la mano, manchando con sangre su ropa, la cama y el suelo de la habitación.

Volvió al circuito del pórtico hasta que se cansó. Se acostó y durmió un poco. Cuando amaneció, fue hasta la casa de una vieja tía, que estaba cerca, para comer algo.

Cinco días, ocho... y las botellas vacías se amontonaban en el patio a razón de dos o tres por día.

La atmósfera en el caserón era insoportable. El olor a alcohol apeataba todo y los murciélagos con sus aleteos parecían competir con las terribles presencias invisibles que poblaban los dormitorios.

Nadie tenía el coraje de acercarse al borracho, porque sus momentos de violencia, cuando estaba borracho, eran terribles e impredecibles. Los hijos, cansados de tratar de ayudarlo, se negaron a prestar atención a esa situación.

—*Es un caso perdido* —decían al unísono y se alejaban, cada uno para sus trabajos, sus distracciones y placeres, sin la menor preocupación.

El ambiente empeoraba día tras día. En la cama sucia, mojada con aguardiente y orina, el borracho, rodeado de las presencias inmateriales, escondía su dolor y su vergüenza bajo más y más dosis de bebida, tratando de bloquear completamente esa pequeña y desagradable voz que le hablaba de la sobriedad, de la dignidad humana.

Repentinamente, una risa satánica estalló a su lado y luego otra y otra más. Cerró los ojos para no ver los horribles y deformes rostros, las expresiones diabólicas, figuras de pesadilla. Pero estaban allí, seres infernales esperando, quién sabe, su muerte, para apoderarse de su alma*.

Estaba realmente asustado. Gritó y suplicó, pero las risas diabólicas le cubrían su voz.

Con mucha dificultad se levantó. Sus piernas temblaban y tenía el cabello erizado en su cabeza, mientras que los escalofríos recorrían su columna vertebral hasta el dedo gordo del pie.

Un terrible temor se había apoderado de su psiquismo. Juntando las energías que le quedaban, cogió las llaves del coche y se marchó.

Dios sabe cómo llegó a la casa de Lia y Manoel Novais, viejos conocidos que no lo habían visto en mucho tiempo.

Es en esos momentos en los que la mano del Padre sujeta y guía incluso los pasos del borracho. Sin que él lo supiera, esa pareja era parte de una fraternidad ecuménica cuyo lema es: *«Jesús murió por nosotros y nosotros debemos morir por nuestros hermanos; no mediante la muerte del cuerpo, sino de nuestros intereses personales, para poder ayudar realmente a los necesitados»*.

En pocos momentos, sus pasos de borracho cruzaron las puertas de esa casa, donde fue recibido con verdadero afecto, a pesar de su repugnante apariencia y presencia.

Cuánto amor tuvo que ser invertido, cuánta paciencia, tolerancia y comprensión. Cuántas noches sin dormir. La pareja se turnaba para escuchar muchas conversaciones, muchos conceptos, muchas ideas acumuladas o nacidas de la mente alcoholizada, y las botellas se sucedían una tras otra, hasta que el organismo decía: *«Basta, estoy saturado»*.

Es entonces cuando comienza el drama más doloroso de la vida de un alcohólico. Es cuando comienza a comprender o a darse cuenta de lo que ha hecho. Ese es el momento de la vergüenza, del remordimiento y de la desesperación profunda, al constatar su fragilidad ante la adicción. Es el momento en que los obsesivos o vampiros del alcohol se van satisfechos, dejando al adicto solo con las ruinas de su vida; el cuerpo debilitado, intoxicado, el pensamiento oscilante y la conciencia de la culpa palpitando en toda la extensión del ser; dejando en el alma el sabor amargo de los sueños rotos, destrozados, incinerados en las llamas de la adicción, y en el corazón el sabor de las cenizas esparcidas por el viento.

Fue en ese momento cuando la solidaridad se hizo más grande en la casa de los Novais y, por la noche, la pareja llevaba a su pupilo a uno de los lugares más bendecidos: una sala de Alcohólicos Anónimos.

Se sentó en un rincón, inquieto, asustado. Tenía miedo del mundo, de la vida, de sí mismo. Ni siquiera sabía

si valía la pena seguir viviendo. Miró a su alrededor y solo vio expresiones amistosas en esos rostros desconocidos. Se sintió mejor.

Cuando se iniciaron las actividades, descubrió que era su propia vida la que desfilaba allí, en la cabecera de la mesa, donde sus compañeros se desahogaban, confesando ser alcohólicos en tratamiento.

No pudo resistirse. También pidió hablar. Tenía que contarle a alguien lo que sentía, pero tenía que ser alguien que pudiera entenderle; decirle que por culpa del alcohol había perdido lo mejor que tenía; que él no era malo ni indigno, sino alguien que necesitaba comprensión y ayuda; que su fuerza era poca para luchar contra la adicción, contra los invisibles que lo dominaban, que lo hipnotizaban; contra sus propios impulsos arraigados por la larga adicción.

Dijo todo lo que tenía que decir, se desahogó, vació su pecho y sintió que sus palabras eran comprendidas, aceptadas y encontraban eco en el alma de los compañeros.

Por primera vez en muchos días se sentía casi feliz. Había encontrado un hogar y a unos verdaderos hermanos, forjados con las llamas del sufrimiento en experiencias similares. Lleno de esperanza, solicitó unirse a la hermandad y recibió su distintivo, un pequeño distintivo de plástico muy simple, muy humilde... pero que para el nuevo AA valía su tamaño en oro. Valía su propia vida, y tal vez incluso su amor.

Desde entonces ese distintivo sería para él el más preciado de los objetos, ya que simbolizaba la sobriedad. Era la esperanza que brotaba de su alma y tocaba las puertas de su corazón, diciendo: *«Esta es tu oportunidad. Puedes dejar de beber. Puedes estar sobrio... aún hay tiempo para recomenzar, aún hay una oportunidad para recuperar, para la vida»* ...

Una nueva puerta se abría ante él, una nueva oportunidad, que no estaba dispuesto a desperdiciar.

*Se sabe que el infierno, el diablo, Satanás, no existen como los presenta la Iglesia. Hay espíritus profundamente consagrados al mal, que a menudo se manifiestan con esas características ya conocidas por la tradición religiosa, cuando quieren aterrorizar a sus víctimas. Pero estos también, no importa cuán moralmente y espiritualmente hayan descendido, un día retomarán el camino de la evolución. Nadie está perdido por siempre.

Capítulo 23

No me lleves ahora

No se conformaba.

No podía conformarse. Era injusto, sumamente injusto. Su padre tenía sólo 45 años y estaba allí en la cama, flaco y pálido, exhalando un hedor, que anunciaba su próxima muerte.

Su caso no tenía ninguna otra solución. El cáncer se había extendido de tal manera que, para erradicarlo, fue necesario extraer todos los órganos. Sin embargo, era un hombre aun joven, cuya vida de lucha estaba atrapada en esa cama, justo ahora cuando podía decir que había salido victorioso.

La fábrica iba muy bien; el negocio inmobiliario, de viento en popa. Ahora todo lo que debía hacer era

administrarlo.

Luciano se recostó en el sofá. El paciente respiraba profundamente, con calma, semi-anestesiado por la fuerte medicación.

Observó su delgado rostro y recordó su infancia, a su padre amigo trabajando arduamente, y cuando se le llamaba la atención al respecto, respondía: «*No, no estoy trabajando arduamente. Quiero construir un imperio para Luciano. No quiero que sufra la pobreza que yo padecí.*».

Pero Luciano no tenía miedo de la pobreza. Temía, tal vez, la riqueza, temeroso de sus limitaciones, de los sutiles grilletes que sujetan el corazón y congelan los sentimientos fraternales.

Él quería ser fraternal. Quería tener un imperio, no para su propio placer, sino para poder ayudar mejor a su vecino: alimentar al niño hambriento, cuidar del anciano abandonado, ayudar a las madres desatendidas por la vida y ser el padre de los niños huérfanos. Ese era su gran sueño, el ideal oculto que había marcado sus días de infancia y adolescencia. Pero luego terminó “*poniendo la cabeza en su lugar*” y se olvidó de esas “*utopías*”. Ahora era un estudiante de medicina y ya no tenía tiempo que perder.

Sin embargo, aquellos sueños de la infancia volvieron a su mente con insistencia, acompañados con el dolor que le hería el corazón.

Insomne, decidió echar un vistazo al “*Evangelio según el Espiritismo*”, libro que le había dado un amigo y el cual, cuanto más leía, más quería continuar leyendo.

¡Qué belleza! ¡Cuánto consuelo para el alma adolorida! ¡Cuántas respuestas para el pensamiento en ebullición!

En poco tiempo devoró las principales obras de la Codificación, convirtiéndose en un adepto de la Doctrina Espiritista y, mientras el padre se consumía y se acercaba a su fin, Luciano lo consolaba derramando en su espíritu la luz de las verdades inmortales y, así, en los intervalos del dolor, padre e hijo trazaban directrices más humanas, hacían planes más fraternales para el uso de la enorme rebanada que el trabajo paterno había obtenido del pastel de la vida.

Y los sueños flotaban sobre la cama del enfermo, en la risa cristalina de los niños que serían ayudados y en el paso aletargado de los ancianos que tendrían un hogar.

El tiempo pasó, el paciente se marchó y la vida volvió a su ritmo normal.

Luciano construyó una sala, camuflada entre los árboles, al fondo del gran jardín de su residencia, en la que comenzó a celebrar sesiones espiritistas con la colaboración de algunos buenos médiums. Para él, era una forma de prepararse para su misión.

Mientras la misión esperaba su turno, llegó Taninha, una joven hermosa y de muy buena sociedad y la boda apareció en las columnas sociales como el evento del año.

Luciano se sentía realizado y feliz. De regreso a casa, después de una larga luna de miel, reabrió la sala donde se llevaban a cabo las sesiones.

El Evangelio, abierto al azar, cayó en la parábola del joven rico y Luciano sintió que el mensaje estaba dirigido a él. De hecho, se sentía en deuda con la Doctrina con la que se había casado,

con sus sueños de infancia y con los proyectos que había trazado junto a su padre durante sus últimos días de vida.

Se decidió. Al día siguiente comenzaría a destinar recursos para la construcción del Hogar para niños necesitados y ancianos abandonados. Se sintió más aliviado con esa decisión y le contó todo a Taninha, seguro de su aprobación, pero a la esposa le pareció absurda esa idea. ¿Dónde se habrá visto que los bienes familiares se gasten en actividades de las que no son responsables y cuya responsabilidad es del Gobierno? ¿Acaso ya no pagaban altos impuestos y no empleaban a tanta gente? En su opinión, las obras de beneficencia sólo servían para alimentar la pereza de los beneficiarios.

No. Desde luego que no estaba de acuerdo con tales disparates. Pensó que ya era demasiado tolerar las actividades espiritistas en los espacios de su jardín, arriesgándose a que sus amigas lo descubrieran. Y mucho más ahora que estaba embarazada. El niño supone un gasto demasiado grande. Debía pensar en el futuro. Con la situación económica del país, poco segura, nadie podía permitirse derrochar dinero.

Luciano bajó la cabeza y no respondió. Trataba de entender las "razones" de su esposa, sus puntos de vista. Además, estando tan enamorado, no se sentía capaz de causarle un disgusto. Pero desde el fondo de su consciencia surgía la idea espiritista sobre las riquezas. Sabía que tenía un compromiso espiritual con los niños y los ancianos. Y no sólo fue el saber, fue un "sentimiento" muy fuerte y profundo, una fuerza interior que hacía vibrar en todo su ser la llamada a ese trabajo fraternal.

Decidió darle tiempo a las cosas para que todo se calmara.

Y el tiempo pasó y volvió a pasar, multiplicando sus bienes.

Luciano ya no tenía el coraje de abrir el Evangelio por miedo a esas parábolas de Jesús, tan claras y directas. Tampoco tenía el valor para analizar sus actos y omisiones. Tuvo que cerrar el "*Centro*" por insistencia de su esposa e incursionó en el lucrativo negocio de los moteles, y cuando su conciencia le amenazaba con interferir le respondía a su propio espíritu que no había nada malo con esos negocios. Eran sólo lugares cómodos y suntuosos para que las parejas pasaran un tiempo.

En cuanto al proyecto del Hogar, todavía no podía pensar en ejecutarlo. Necesitaba vencer la resistencia de Taninha. No era justo llevarle la contraria. Después de todo, los bienes eran de la pareja y de los tres hijos que habían traído al mundo. Con la economía globalizada, el futuro incierto, quería dejar un sólido patrimonio a sus herederos.

Pasó el tiempo y, al llegar a la edad madura, Luciano se recibe de nuevo en su mansión a un viejo amigo espiritista.

Flávio venía a exponerle la dramática situación de la guardería infantil que había fundado y dirigido en un lejano barrio pobre. Allí albergaban a 80 niñas, hijas de madres que trabajaban fuera luchando por la manutención familiar. Sin embargo, las lluvias acababan de destrozar el techo y este amenazaba con caerse. Él mismo vivía allí, en la guardería, destinando los ingresos de su jubilación a los gastos más urgentes, pero ya no le quedaba nada para comprar los materiales necesarios para reparar el techo. En medio de esta

aflicción recordó a su amigo y sus viejos ideales. Estaba seguro de que ayudaría con mucha alegría.

Luciano miraba de reojo las expresiones de desagrado de Taninha con el rabillo del ojo y respondió, reacio:

—*Sí... por supuesto que me gustaría ayudar... pero has llegado en el peor momento. Las cosas no van bien. Imagina que esta semana tuve que pagar una compensación muy alta a dieciocho empleados que me denunciaron ante los tribunales laborales.*

Luciano movía su cabeza de un lado al otro, como si fuera la víctima y continuó:

—*Y por si fuera poco, el encargado de la casa de la playa buyó, robando todos los electrodomésticos y otras cosas, que tendré que reemplazar. La casa de la montaña necesita un cambio de imagen. Los chicos se van de vacaciones y les prometí un viaje al extranjero. Además, he estado haciendo algunas inversiones en el mercado de valores y terminé perdiendo mucho dinero.*

Tras una breve pausa, observó el aire de tristeza de su antiguo amigo, respiró hondo y concluyó:

—*Sabes, amigo... Tienes que pensar en el futuro. Tal y como están las cosas... Deja que pase un tiempito, ¿de acuerdo? Veamos si las cosas mejoran.*

«*Deja que pase un tiempito... un tiempito... un tiempito...*».

Esas palabras hacían eco en la mente de Luciano. Quería repetir las, gritarlas. Quería rogarle a Dios por un poco más de tiempo. Necesitaba unos días más. Estaba decidido a utilizar mejor su parte de su fortuna; le daría a Flavio una buena suma de dinero para la remodelación y mantenimiento de la guardería y, si Dios le daba más tiempo, crearía otra empresa, cuyo beneficio se destinaría, por completo, a los ancianos y niños necesitados. Una nueva compañía... eso es... una nueva compañía destinada exclusivamente a la caridad.

Su corazón, sin embargo, latía cada vez más débil, y su cuerpo no respondía a sus órdenes. Con gran esfuerzo despertó a su esposa que, aterrorizada, corrió al teléfono para llamar al médico. Pero todo se estaba alejando: la casa y la familia, las fábricas, los inmuebles, los negocios lucrativos...

—*Sólo un tiempito, Dios mío*—suplicaba, terriblemente asustado ante la posibilidad de morir—. *Dame un poco de tiempo, que entregaré la mitad de mis bienes a obras de caridad. Guardaré sólo la otra mitad para mi familia. Después de todo, vine al mundo desnudo y puedo vivir en él sin tantas riquezas.*

Quería arrodillarse, pensando que así su petición tendría más posibilidades de ser respondida, pero el cuerpo no obedeció y se sintió cada vez más lejano... muy lejano...

Escuchaba muy a lo lejos la angustiada voz de Taninha. Sentía su cuerpo rígido y frío, y su alma envuelta en penumbras.

—*Dios mío...*—gritó para sus adentros—. *Dame un poco más de tiempo, sólo un tiempito... Daré todo lo que tengo para que Flavio construya tantos refugios o guarderías como necesite. No me quedaré con nada... con nada.*

Pero todo se alejaba en las penumbras de la vida o de la muerte, mientras Luciano seguía pidiéndole a Dios un poco más de tiempo... tan solo un tiempito...

Capítulo 24

Era una luz dorada

Alexander estaba desanimado.

Su mente le decía que debía continuar; que de los escombros debía reconstruir la obra, resurgir de sus propias cenizas para seguir adelante. Pero sintió como si algo hubiera cambiado dentro de sí, lo que sostiene la vida y da las fuerzas necesarias para seguir luchando.

Siempre había percibido a la Casa Espiritista como el más bendito de los hogares, el amparo del corazón, el refugio de la luz donde el alma se reponía de los golpes y desilusiones del mundo exterior. Pero ahora... todo era diferente. Incluso la luz que brillaba en sus ojos ya no era la misma, estaba como muerta, casi apagada.

Era mejor rendirse.

—*Mañana voy a presentar mi renuncia al grupo* —dijo en voz alta—. *Voy a mantenerme alejado de las actividades espiritistas. Se acabó.*

Era casi medianoche. Triste y desanimado se acostó, pero el sueño no fue suficiente para adormecer su dolor. Recordó los tiempos de la juventud, los primeros contactos con el Espiritismo en lecturas que eran alimento para el alma y alegría para el corazón, en los grandes descubrimientos sobre los mecanismos de la vida que mostraban la justicia y la perfección del Creador. Pensó en el Centro, en los estudios, en las primeras actividades... ¡Cuánto amor había dejado en las paredes de esa Casa!

Pero lentamente algo fue cambiando. ¿En él, o quizás en los otros? No, no en él, porque el amor seguía siendo el mismo, los ideales no se habían enfriado y los valores seguían bien establecidos, dentro de los lineamientos trazados por Kardec.

Pero algo realmente había cambiado. Ya no era el simple y humilde Centro, donde todos se conocían y se cuidaban y apoyaban mutuamente. El movimiento había crecido, la "clientela" era del más alto nivel. La oración habitual al comienzo de las tareas ya no eran simples palabras del corazón, sino invocaciones formales, casi órdenes, solicitando presencias superiores para apoyar las labores. Había mucha formalidad y poco o nada de amor. Las conversaciones en los pasillos eran banales, inapropiadas para un centro espiritista, y cuando se discutía sobre ese asunto, hacían una broma, diciendo que incluso Jesús vivió conflictos y no despreció los placeres del cuerpo. El grupo joven había dejado de estudiar a Kardec. Era muy agotador e incomprendible, dijo el nuevo líder de la Juventud, añadiendo que los jóvenes necesitan movimiento, música, teatro, en resumen, para gastar sus energías... ¡Vaya! ¡Qué energías! Las obras teatrales estaban ahora impregnadas de inducción a los placeres, e invitaciones camufladas a la liberación sexual y homosexual.

Alexandre había logrado reunir a media docena de compañeros que pensaban como él y comenzaron un grupo de estudio sobre temas polémicos como estos, basado en Kardec. Varios meses de investigación y debate dejaron al grupo cada vez más firme en sus ideas. Fueron todos juntos a hablar con la Junta Directiva. Hubo mucha discusión, pero ningún resultado. Sólo

restaba convocar una Asamblea General Extraordinaria. Era imposible permitir que esa institución continuara decayendo de esa manera, pero ese día no hubo quórum. El grupo de Alexandre ya estaba marcado y etiquetado como "los obsesivos", creadores de problemas, destructores de la armonía general. Seguramente, dijeron, quieren tomar el "poder".

¿Qué podían hacer? ¿Con quién deberían hablar? ¿Cómo alertar sobre lo que estaba ocurriendo?

Decidieron fundar un pequeño periódico, a través del cual podrían transmitir a todos los compañeros las consideraciones y conclusiones adquiridas en sus reuniones y estudios; debatir, a través del papel, grandes temas relacionados con la conducta espiritista. Pero nadie les brindó apoyo. Por el contrario, sus ideas fueron malinterpretadas y algunos miembros dejaron muy claro que se ellos eran considerados "personas non gratas" en esa institución.

Decidió alejarse, dedicarse a su vida... ya no aguantaba más.

Una pequeña y suave mano sostuvo la suya. Vio a través de su vidente un hermoso y angelical niño que le sonreía. Desde el fondo de sus ojos irradiaba una luz dorada que envolvía a Alexandre en vibraciones de profunda armonía.

—*Estás lastimado, estás herido* —le dijo.

La voz dulce y amistosa rompió las barreras de los sentimientos reprimidos y Alexandre lloró por largo tiempo.

—*Cuando en la Tierra*—prosiguió el pequeño amigo—, *encontramos dentro de nosotros las fuerzas del yo: Yo estoy herido; yo no tengo más fuerzas para luchar... entonces un grupo formado por varios "yos", cada uno con sus razones, termina desmoronándose en las primeras batallas.*

Alexandre bajó la cabeza mientras el niño continuaba:

—*Jesús, el Gran Maestro, dijo: «Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame». ¿Has meditado sobre lo que significa negarte a ti mismo?*

—*No. En realidad, nunca pensé en ello* —murmuró Alexandre.

—*Negarse a sí mismo - continuó el pequeño-, es no darse el derecho de sufrir, de ser herido por las incomprensiones, ni siquiera por las agresiones, cuando se está al servicio de Cristo. Es no permitirse el lujo de alimentar el desaliento cuando nos sentimos solos enarbolando la bandera de los ideales; es no dejar que el corazón abrigue amarguras, ni siquiera resentimientos, cualesquiera que sean las razones.*

Alexandre había leído una y otra vez los Evangelios, pero nunca había pensado en tales interpretaciones. Y lo que es peor, el niño tenía razón. Levantó la cabeza y dijo:

—*Tienes razón. Necesito aprender a renunciar a mí mismo. Pero de todos modos no tiene sentido continuar con el grupo. Todas las puertas están cerradas para nosotros. Se nos ve como los obsesivos. Aunque algunos estén de acuerdo con nosotros, no tendrán el valor de apoyarnos públicamente. Por eso no conseguiremos el apoyo material necesario para producir el pequeño periódico.*

Ese ser espiritual, con aspecto de niño, observó a Alexandre con una mezcla de amor y compasión, y concluyó:

—*Abí está la segunda parte de lo que dijo el Maestro: «tome su cruz, y sígame».*

Alexandre comprendió. Tomaría la cruz de nuevo, aunque fuera mucho más pesada, porque era así como seguiría los pasos del Maestro.

La luz dorada fue desapareciendo en la oscuridad de la noche cuando Alexandre sintió que sus heridas internas ya empezaban a sanar y que nuevas energías fluían en todo su ser.

Capítulo 25

Los peligros de la mediumnidad

En su mente y en su cuerpo, César sentía los síntomas de la mediumnidad. A veces, en momentos de ocio y total despreocupación, sin ningún motivo, se sentía repentinamente irritado, con sensaciones desagradables y extraños impulsos de agresividad contra todo y hacia todos.

Como era un hombre calmado y educado, se alejaba buscando mantenerse aislado en su habitación, el jardín o cualquier otro “escondite”, con temor de manifestar los fuertes impulsos que sentía. En otras ocasiones se sentía repentinamente enfermo: dolores de cabeza, en el abdomen, en el pecho, en el estómago, mareos y un extraño zumbido en los oídos. Creía que iba a desmayarse. Además, escuchaba, como si estuvieran dentro de su cabeza, en su propio flujo mental, gemidos, llantos y lamentos de angustia, sintiendo también una necesidad casi irreprimible de gemir, integrándose al ambiente de angustia en el que estaba sumergido.

Sabía que todo esto significaba que era médium y que necesitaba con urgencia buscar el equilibrio en el lugar apropiado.

Cerca de su casa había un centro espiritista y nuestro amigo comenzó a asistir allí a reuniones de estudio doctrinal y a sesiones de desarrollo mediúmnico.

Al principio todo era maravilloso y se sentía feliz. Poco a poco, la mediumnidad fue aflorando de manera equilibrada, haciendo desaparecer esos síntomas tan molestos. Ya no sentía las sensaciones desagradables, agresivas y angustiosas de antes.

Volvió a trabajar con todas sus fuerzas, consiguiendo un importante ascenso en su trabajo.

No obstante, para su disgusto, comenzó a sentirse atrapado en los barrotes de la responsabilidad mediúmnica. ¡Cuántas veces tuvo que renunciar a planes muy atractivos porque era día de sesión! También necesitaba abstenerse de las viejas noches donde la bebida y el sexo predominaban, porque le decían que el médium necesitaba tener algunos cuidados con su propia vida.

Una noche, en la víspera de un trabajo mediúmnico, no resistió la tentación y se dejó llevar por sus amigos a una de esas noches de fiestas llenas de alcohol, drogas y sexo. Debido a que creía estar en una prisión, se sintió libre, tan libre que incluso aceptó la droga ofrecida por alguien.

Esas noches se sucedieron una tras otra y terminó por abandonar el trabajo mediúmnico. Los compañeros del Centro trataron de ayudarlo, pero fueron rechazados con muestras de odio.

Pocos meses después César se encontraba en un asilo para enfermos

mentales. Sus padres se vieron obligados a internarlo después de la última crisis, que resultó más violenta que las anteriores. Incorporado por un espíritu inferior, había roto todo lo que podía romper en su casa, había golpeado a sus padres y hermanos, casi matando a uno de los más pequeños, y finalmente se fue, corriendo a la calle, hasta que fue atropellado por un coche que, por suerte, no le hizo mucho daño.

¿Cómo será el camino futuro de César? Resulta obvio que esto dependerá exclusivamente de él. Si vuelve a las responsabilidades de su misión, todo volverá a la normalidad, pero si no... sólo Dios sabe...

Arnaldo vivió una situación similar a la de César, y fue en un centro de Umbanda donde fluyó su mediumnidad. La diferencia está en que él no desistió de su misión, pero hizo algo mucho peor. El centro al que pertenecía trabajaba con ambas manos, es decir, limpiaba a la vez que ensuciaba, cobrando caro por cualquier trabajo. La industria de la magia prosperaba allí.

Siendo un pobre diablo, sin un solo centavo, Arnaldo pronto se encontró en una situación privilegiada, por las excelentes facultades mediúnicas que poseía. Se sentía como un pequeño Dios, rodeado de los que acudían a sus consultas y que eran asiduos del centro.

Creció en medio de la vanidad y la autosuficiencia, obteniendo grandes lucros, y en pocos años estableció su propio centro, enviando allí a la mayoría de los fieles.

Abandonó completamente todos sus escrúpulos, aceptando cualquier trabajo por más horrendo y repugnante que fuera, siempre que recibiera una buena paga.

Cuando sintió cómo el cáncer deterioraba su organismo, recurrió a todos los recursos humanos, sin resultado, pero cuando buscó ayuda en el plano espiritual, comprendió, aterrorizado, que a su alrededor sólo encontraba exus, quiúmbas y otros, riéndose satánicamente, envolviéndolo en sus garras, cada vez más y más...

Suplicó a Dios por ayuda, pero fue en vano. Estaba tan enredado, aprisionado y atado a los compañeros espirituales que había elegido, que sus plegarias fueron sofocadas y anuladas dentro de una nube negra vibratoria que lo envolvía por completo. Desencarnó, entre aullidos y risas feroces, entregando su cuerpo espiritual a la saña de los antiguos enemigos que había cultivado en sus encarnaciones pasadas, enemigos a los que debió haber atendido en trabajos mediúnicos en ambientes fraternales, buscando el perdón y la paz.

No podría decirse que Raimundo era rico. De hecho, era pobre, pero nunca le faltaba lo necesario para mantener a su familia. Tenía un pequeño negocio de repuestos de coches, pero dedicó la mayor parte de su tiempo a cumplir con las responsabilidades de la misión mediúmica que había asumido por más de treinta años. Dirigiendo un pequeño grupo de médiums, realizaba los más hermosos trabajos de liberación de obsesiones, atendiendo en su casa los casos más graves.

Cuántas veces se levantó en medio de la noche para orientar a personas desesperadas, y todo ello sin aceptar ni

un solo centavo de las personas a las que ayudaba.

Cuando sus hermanos hablaban de ese tema, argumentando que se desgastaba inútilmente para ayudar a los que no lo merecían, respondía tranquilamente: *«aunque viva cien años realizando labores mediúmnicas, no podré pagar ni tan siquiera una décima parte de lo que debo a Dios y a los espíritus que me asisten, sin mencionar la alegría que me produce el ser útil a mi prójimo».*

Estos tres casos, tomados de los archivos de la vida, donde hay otros miles de casos similares, nos dan una pequeña muestra de los peligros reales de la mediumnidad, ya que cuando la misma está con Dios, es decir, por desinterés y por pura caridad, conduce al médium por los sublimes senderos del equilibrio, de la paz interior y de la conciencia del deber cumplido, asegurándole un mejor futuro espiritual después de desencarnar, mientras que la mediumnidad empleada para hacer el mal, o aplicada a oscuros intereses, conduce fatalmente a su portador a situaciones dolorosas después de la muerte del cuerpo físico

Ahora bien, la misión mediúmnica no aceptada, no cumplida, trae desequilibrios, con consecuencias nefastas en el presente y en futuro.

Capítulo 26

Esperanza

Hablar de la esperanza es hablar de la vida, de la belleza, de lo bueno, de lo que hace bien. Es el ancla del alma en el mar tormentoso de la existencia.

¿Por qué no cultivarla, si ella es la base misma de la vida? ¿Has pensado alguna vez cómo sería si no hubiera esperanza de paz en la Tierra, de días mejores, de que la tempestad pasara y de que el amigo aparezca a la vuelta de la esquina para encontrarse con nosotros? ¿En la esperanza de que el odio se transforme en fraternidad, de que los enfermos sanen y de que el sol se levante todas las mañanas?

¡Ah, esperanza! Tu color es verde como la vegetación que cubre nuestro planeta. El verde es relajante, calma y armoniza.

Dicen que es la última en morir. Yo diría que ella no muere, nunca morirá, ni siquiera con la muerte misma, que no es el final, sino la transición a otra existencia.

Si eres ciego, no pierdas la esperanza. Incluso si en esta vida no hay posibilidad de volver a ver, en la siguiente vida, después de la muerte, podrás ver.

Si estás físicamente discapacitado, no puedes caminar, cree en la vida, porque es hermosa de todos modos, porque es la escuela del espíritu, donde aprendemos a vivir y adquirir experiencias y valores internos, con miras a la eternidad. Cree en la vida y enciende la luz de la esperanza dentro de tu corazón, porque en la próxima vida, después de la muerte, caminarás de nuevo, correrás, andarás con tus propios pies.

Si sufrimos aquí en la Tierra es porque necesitamos recibir las lecciones que el sufrimiento proporciona. El dolor es luz, si no, es su prelude.

El ser humano es frágil y es la esperanza lo que le motiva a no morir en la playa después de cada naufragio. Vivimos naufragando. Cuando menos lo esperamos, las tormentas de la vida

nos derriban y las olas de la derrota y las penurias nos cubren con su peso. Pero la fuerza de la vida nos arrastra hasta la playa y es allí donde la esperanza nos da nuevas energías y alientos para empezar otra vez. Y es en este interminable comienzo donde aprendemos la gran lección de la Vida, la misma que enseñó Jesús, y que puede ser resumida de la siguiente manera:

Si deseas vivir bien y ser feliz, haz que tu vida contribuya constantemente a la felicidad y al bienestar del prójimo; sé siempre una presencia benéfica dondequiera que te encuentres, porque *“lo que quieras que te hagan los demás, hazlo tú también”*.

Estas son las lecciones de fraternidad que aprendemos cada nuevo día, bajo la luz de la esperanza y con la fuerza de la fe.

Además, la vibración de la esperanza, del optimismo, es buena para la salud, para el bienestar físico y mental. También es buena para la prosperidad material, porque genera a nuestro alrededor un campo magnético positivo, que atrae a personas y situaciones que también son positivas.

Busquemos, por lo tanto, cultivar la esperanza, como la fuerza de la vida misma, que nos llega a través de las manos del Creador.

FIN